

Instituto de Historia
Pontificia Universidad Católica de Chile

JULIO PINTO VALLEJOS*

¿CUESTION SOCIAL O CUESTION POLITICA?
LA LENTA POLITIZACION DE LA SOCIEDAD POPULAR
TARAPAQUEÑA HACIA EL FIN DE SIGLO (1889-1900)**

“Si las clases dirigentes de Chile quieren la tranquilidad del país, ¿para qué obligan a las clases trabajadoras a pedir por la fuerza lo que se les puede conceder de buen grado?”, “*Mirabeau*”, en *El Liberal Democrático* (Iquique), 7 de febrero de 1897.

ABSTRACT

This article explores the first attempts at formal political participation by the working class sector in the nitrate region towards the end of the 19th century. The first part reviews the current literature regarding the politicalization of the working class during the period of the “social question”. The second and third part cover the alternative forms of popular politicalization evident in the nitrate region, which are applicable to the rest of the country: the “endogenous” form stresses worker autonomy as proposed by the *Democratas*, Socialists and Anarchists while the other is “induced” by the elite parties, in particular the *Balmacedistas* and the *Radicales*. The former alternative is not very evident in the period under study, whereas the latter appears to have been much more successful preparing the ground for the populist Alessandrismo in the future.

* Universidad de Santiago de Chile.

** Este artículo forma parte de una investigación financiada por la Dirección de Investigaciones Científicas y Tecnológicas de la Universidad de Santiago de Chile. Se agradece muy especialmente la colaboración de Pablo Artaza Barrios y Carolina Fariás Antoine.

1. ¿EL PUEBLO SE POLITIZA?

A medida que el siglo XIX se aproximaba a su fin, diversas voces procedentes de la elite comenzaron a alertar a sus pares sobre la aparición en Chile de la temida "cuestión social"¹. ¿Qué era exactamente lo que se temía? Las desigualdades sociales y el descontento popular eran realidades demasiado antiguas como para que su sola presencia hubiese justificado tal alarma. Más bien, lo que llamaba la atención oligárquica parecía ser la manifestación inusual de problemas con los que, en su aspecto tradicional, ya se había acostumbrado a convivir. En un contexto así, el término "cuestión social" servía para denotar nuevas modalidades de *existencia* popular, asociadas al hacinamiento urbano, el trabajo industrial, o la despersonalización de las relaciones laborales. Pero también, y tal vez más determinantemente, para dar cuenta de nuevas formas de *interpelación* popular, más organizadas y discursivas, más explícitamente *políticas*. Como lo ha expresado el historiador Mario Garcés, "la distancia entre ricos y pobres, que tantos autores reconocieron al cambiar el siglo, se fue tensando, confrontando, reconociendo, haciéndose más evidente y expresándose en diversos campos de la vida social. En una palabra, la distancia entre ricos y pobres se fue politizando"². O en la opinión análoga de Bernardo Subercaseaux, "enfrentados a la 'cuestión social' que los aflige, los sectores populares —con la mediación de algunos intelectuales ilustrados— se van apropiando de distintas corrientes del pensamiento social europeo (desde el socialismo científico hasta el anarquismo) ... Se apropian además de una perspectiva de lucha y esperanza y de una confianza casi mesiánica en la victoria final"³. Incluso

¹ Una de las más célebres entre estas reacciones fueron los artículos publicados en 1884 por Augusto Orrego Luco en *La Patria*, de Valparaíso, y reimprimos en 1897 bajo la denominación de "La cuestión social". También son muy ilustrativos de esta actitud los artículos de Zorobabel Rodríguez aparecidos en *El Independiente* de diciembre de 1876. Estos y otros textos atinentes han sido publicados *in extenso* por Sergio Grez Toso en *La "cuestión social" en Chile. Ideas y debates precursores (1804-1902)*. Santiago 1995, cuyo "Estudio crítico" preliminar es también muy útil para una mayor comprensión del concepto. Al mismo efecto puede verse el trabajo de Luis Alberto Romero "¿Cómo son los pobres? Miradas de la elite e identidad popular en Santiago hacia 1870", *Opciones* N° 16, Santiago 1989.

² Mario Garcés Durán, *Crisis social y motines populares en el 1900*, Santiago 1991: 235.

³ Bernardo Subercaseaux, *Fin de siglo. La época de Balmaceda*, Santiago 1988: 112. Nótese también el siguiente trozo: "Los nuevos partidos y la readecuación de los partidos históricos conlleva... un importante cambio en la concepción de lo político. Se trata de una transformación comprobable en el discurso y en los programas partidarios de la época: se empieza a vincular explícitamente lo político a lo social y a los intereses de los distintos sectores. El advenimiento del nuevo escenario va acompañado por un cambio en la concepción de lo social y en el modelo del proceso de información respectivo: la división de la sociedad en clases se incorpora como dato de realidad, los diversos partidos de la época podían diferir en la interpretación pero no en el reconocimiento del hecho."; *Ibid.*, 119.

Gabriel Salazar, habitualmente receloso de aquellas interpretaciones de la historia popular que enfatizan lo político, ha propuesto que frente a la creciente dificultad de “desenvolver la autonomía popular en un sentido estrictamente empresarial”, y frente a “la crisis progresiva del Estado portaliano...el *bajo pueblo* se halló, a comienzos del siglo XX, luchando por el sociocratismo político”⁴. Esa politización más o menos autónoma de la acción popular, esa proyección programática e invasora de un terreno hasta entonces reservado casi exclusivamente a la oligarquía, era en efecto un fenómeno bastante nuevo, y marcaba una gran diferencia con la tradicional efervescencia “peonal”. Allí pudo radicar, a final de cuentas, la verdadera esencia de la “cuestión social”⁵.

No todos los autores que se han ocupado del tema comparten plenamente esa apreciación. Incluso quienes destacan la importancia de la penetración popular en los espacios públicos se cuidan de distinguir explícitamente entre la adopción de un discurso político por parte de algunos sectores, y la representatividad o eficacia de dicho discurso dentro del conjunto del marco institucional vigente. Así por ejemplo, Jorge Barría no vacila en afirmar que “Frente al surgimiento del movimiento obrero o, como se denominaba en el lenguaje de la época, la ‘cuestión social’, los partidos tradicionales y el gobierno asumen la política de considerarlo un problema policial, o simplemente declarar que ‘no existe’”⁶. Bernardo Subercaseaux, por su parte, agrega que “la modernización de la burocracia estatal y de la administración pública, no significó...una ampliación de la vida política, ni la participación en ella de los nuevos sectores sociales... De allí que el fin de siglo fue precisamente el momento en que se puso en evidencia, por primera vez, la crisis de participación política de los sectores medios y populares”⁷. Gonzalo Vial, finalmente, concluye su ácida crítica a la oligarquía parlamentaria subrayando la ceguera de ese grupo frente a las nuevas realidades y desafíos que surgían del “bajo fondo” popular: “...el régimen político era ya impenetrable. Amarguras, ironías y llamados a la con-

⁴ Gabriel Salazar, “Crisis en la altura, transición en la profundidad: la época de Balmaceda y el movimiento popular”, Luis Ortega (ed.), *La Guerra Civil de 1891. Cien años hoy*, Santiago 1993.

⁵ Aparte de la recopilación de Sergio Grez nombrada en la nota 1, el concepto “cuestión social” también ha sido analizado por Ximena Cruzat y Ana Tironi, “El pensamiento frente a la cuestión social en Chile”, en Mario Berríos y otros, *El pensamiento en Chile 1830-1910*, Santiago 1987; 127-151; y James O. Morris, *Las elites, los intelectuales y el consenso*, Santiago 1967, capítulo 4. La dimensión política de la “cuestión social” ha sido resaltada con especial fuerza por nuestra historiografía marxista “clásica”, como por ejemplo Julio César Jobet, *Ensayo crítico del desarrollo económico-social de Chile*, Santiago 1953; Hernán Ramírez Necochea, *Historia del movimiento obrero en Chile. Antecedentes, siglo XIX*, Santiago 1956, 201-254; Jorge Barría Serón, *El movimiento obrero en Chile*, Santiago 1971, 15-25.

⁶ Barría, *op. cit.*, 21.

⁷ Subercaseaux, *op. cit.*, 143-144.

ciencia, no podían conmovirlo. La *cuestión social* no halló remedio legislativo”, sino por el contrario una represión desmesurada que vino a quebrantar definitivamente una ya muy resentida unidad nacional⁸. En rigor, estas formulaciones no niegan el hecho mismo de la politización popular, pero sí enfatizan su marginalidad respecto del orden establecido. Este último, que hasta cierto punto seguía siendo el único espacio propiamente “político”, aparentemente continuaba bajo el más estricto monopolio de los partidos e instituciones oligárquicas.

A partir de esta separación entre “política formal” y “política popular”, algunos autores han incursionado aun más lejos. Peter De Shazo, por ejemplo, en su exhaustivo estudio sobre los trabajadores urbanos y los sindicatos a comienzos del siglo XX, no vacila en declarar que “la mayor parte de los trabajadores urbanos evidenciaron muy poco interés en la política tradicional o en la política obrera antes de 1925... La acción política le sirvió de poco a la clase obrera durante la República Parlamentaria”. Más adelante añade que “para la mayoría de los trabajadores chilenos, la posibilidad de establecer un partido obrero capaz de ejercer una acción política eficaz en su favor parecía muy lejana, al menos hasta la elección presidencial de 1925”⁹. En la percepción de este autor, las etapas más tempranas del movimiento obrero habrían sido virtualmente monopolizadas por las luchas reivindicativas, sin mayor proyección política. Reflejo de ello a nivel ideológico fue el predominio, no reconocido suficientemente por la historiografía tradicional, de corrientes que desconocían toda validez a la lucha partidista-electoral y a cualquier tratativa con los poderes públicos, como el anarquismo o el anarcosindicalismo.

Pero aun aceptando que estas consideraciones poseen algún grado de validez, ellas no debieran necesariamente conducir a una negación total de la posibilidad de estudiar políticamente la cuestión social, sobre todo cuando la aparición de nuevos marcos interpretativos y la acumulación de conocimiento empírico sobre la historia popular chilena permiten ahora hacerlo desde perspectivas diferentes¹⁰. En lo que toca específicamente a la influencia del anar-

⁸ Gonzalo Vial, *Historia de Chile (1891-1973)*, volumen I, tomo II: *La sociedad chilena en el cambio de siglo (1891-1920)*, Santiago 1981. La cita es de la página 549; la referencia al quiebre de la unidad nacional por la vía del divorcio social es desarrollada en el capítulo 15 del mismo volumen y tomo.

⁹ Peter De Shazo, *Urban Workers and Labor Unions in Chile, 1902-1927*, Madison, Wisconsin 1983; xxvii-xxviii.

¹⁰ Hago aquí alusión a la “nueva historiografía popular” producida después del golpe de estado de 1973, y cuya expresión más relevante –y cuestionadora de los paradigmas tradicionales– es la obra de Gabriel Salazar, a la que también habría que agregar el trabajo de María Angélica Illanes, José Bengoa, Sergio González, y otros; ver al respecto María Angélica Illanes, “La historiografía ‘popular’: una epistemología de ‘mujer’. Chile, década de 1980”, en *Solar-Estudios Latinoamericanos*, Santiago 1994.

quismo, que sin duda fue muy relevante y real, ella no denota necesariamente una ausencia de discurso político, sino más bien un rechazo a los términos en que éste era definido por el orden oligárquico. "Los anarquistas", apunta un estudio reciente sobre el tema, "ven en el Estado y sus aparatos la encarnación del principio de autoridad y de represión al individuo, desarrollando su actividad al margen y en contra del Estado"¹¹. De igual forma, un editorial anarquista de 1905 aclaraba que "los que como nosotros son socialistas revolucionarios debemos exclamar: Somos comunistas y queremos igualdad absoluta, desconociendo en lo establecido su legalidad y su derecho"¹². Pero así definido, el propósito anarquista de no reconocer al Estado ni a las instituciones era de todas formas un acto político, basado en un antagonismo explícitamente discursivo no muy presente en rebeldías populares anteriores. Asimismo, sus postulados sobre un orden social alternativo, más justo y mejor organizado, implicaban una construcción programática que sólo cabe definir como política. En suma, aquellos trabajadores que optaron por el anarquismo o el anarcosindicalismo rechazaban la política como entonces se la entendía formalmente, pero lo hacían desde una óptica igualmente política. Ser anarquista era, sin lugar a dudas, ser político¹³.

Por otra parte, tampoco es efectivo que todo el mundo popular haya esperado hasta fines del siglo XIX para comenzar a actuar políticamente. Sergio Grez y otros estudiosos del artesanado han demostrado que al menos en ese estrato social, que por cierto no formaba parte del "bajo pueblo", el interés por las cuestiones políticas se remontaba a una etapa incluso anterior a la experiencia de la Sociedad de la Igualdad de 1850-51. Con posterioridad a la destrucción de esa organización, y bajo el alero del ascendente movimiento mutualista de los años 60 y 70, se fue incubando un pensamiento que el historiador mencionado denomina "liberalismo popular", para distinguirlo del "liberalismo oficial" promovido hegemónicamente por las elites. En tanto concebida explícitamente como un impulso a la acción, esta formulación ideológica habría sido un

¹¹ Eduardo Míguez y Alvaro Vivanco, "El anarquismo y el origen del movimiento obrero chileno, 1881-1916", *Andes* N° 6, Santiago 1987; 110.

¹² *El Marítimo*, de Antofagasta, 2 de septiembre de 1905, transcrito por Garcés, *op. cit.*, 249.

¹³ Aparte del libro de De Shazo, el papel del anarquismo en el período de la cuestión social ha sido rescatado del olvido historiográfico por la tesis de Licenciatura en Historia de Claudio Rolle Cruz, "Anarquismo en Chile (1897-1907)", Pontificia Universidad Católica de Chile (1985), aún inédita; por la tesis de maestría de Héctor Fuentes Mancilla, "El anarcosindicalismo en la formación del movimiento obrero. Santiago y Valparaíso 1901-1907", Universidad de Santiago de Chile (1992), también inédita; y por el artículo ya citado de Eduardo Míguez y Alvaro Vivanco, que a su vez se origina en una tesis de licenciatura de la Universidad Católica de Valparaíso. Para el aspecto político-programático del anarquismo a través de la prensa salitrera, ver el artículo de Pierre Vayssière, "Militantisme et messianisme ouvriers à travers la presse nitrière", *Caravelle*.

verdadero "proyecto de regeneración popular", entre cuyas principales aspiraciones se incluía "el proteccionismo a la industria nacional, la reforma o abolición del servicio en la Guardia Nacional, la educación o 'ilustración' del pueblo, además de una aspiración genérica de justicia y redención social". La cercanía con muchos de los postulados modernizadores o "progresistas" del liberalismo de elite hizo que, al menos hasta los años 80, este liberalismo popular tendiese a actuar en concordancia con y bajo el liderazgo del segundo, pero distinguiéndose de él por su énfasis en los principios democráticos y su promoción de la más amplia participación social en la esfera pública. Así, a medida que las luchas sociales cobraban mayor virulencia y que los cambios sociales engendraban nuevas formas de identidad popular, algunos grupos artesanales fueron radicalizando posiciones y aumentando sus distancias respecto del "liberalismo oficial". El desenlace de este proceso, siempre siguiendo la misma línea argumental, fue el nacimiento en 1887 de un partido que no por casualidad se identificó con un adjetivo tan eminentemente político como el de "democrático".¹⁴

Desde la perspectiva que aquí interesa destacar, la fundación del Partido Democrático reviste una doble relevancia: como culminación de una estrategia política que sentaba sus bases en el mundo popular; y como apertura de un espacio desde el cual se fue gestando el movimiento propiamente socialista del siglo XX, para el cual la acción política siguió ocupando un lugar fundamental. En el primer aspecto, todos los estudiosos del Partido Democrático coinciden en destacar –algunos como elogio y otros como crítica– su firme voluntad de alcanzar sus fines de "emancipación política, social y económica del pueblo" dentro del marco institucional vigente, y priorizando el uso de los instrumentos político-electorales que la legalidad oligárquica ofrecía¹⁵. La mejor prueba de

¹⁴ La argumentación resumida en este párrafo ha sido desarrollada en su forma más exhaustiva por Sergio Grez Toso, particularmente en su tesis doctoral titulada "Les mouvements d'ouvriers et d'artisans en milieu urbain au Chili au XIXème siècle (1818-1890)", Ecole des Hautes Études en Sciences Sociales, Paris (1990); una versión más breve es la aparecida en la revista *Proposiciones* N° 24, Santiago, SUR Ediciones 1994, con el título "Los artesanos chilenos del siglo XIX: un proyecto modernizador-democratizador", de donde se han extraído los pasajes citados entre comillas. La dimensión político-ideológica del movimiento artesanal decimonónico también ha sido destacada por María Angélica Illanes, *La revolución solidaria*, Santiago 1990; Luis Alberto Romero, *La Sociedad de la Igualdad. Los artesanos de Santiago y sus primeras experiencias políticas, 1820-1851*, Buenos Aires 1978; Eduardo Devés, "El pensamiento de Fermín Vivaceta y del mutualismo en la segunda mitad del siglo XIX", en Mario Berrios y otros, *El pensamiento en Chile 1830-1910*, Santiago 1987; y Mario Garcés, *op. cit.*, capítulo 1.

¹⁵ El estudio más completo dedicado al nacimiento del Partido Democrático y su inserción dentro del movimiento mutual-artesanal es la tesis doctoral de Sergio Grez, ya citada. El tema es retomado específicamente en su artículo "Los primeros tiempos del Partido Democrático chileno"

ello fue su propia constitución como partido, que hasta cierto punto violentaba la tradicional reticencia de las organizaciones mutualistas para actuar abiertamente en términos partidistas¹⁶.

Es verdad que el Partido Democrático no se ajustaba estrictamente a la concepción tradicional de los partidos chilenos, tanto en sus objetivos, que apuntaban a lo económico-social más que a lo político-religioso, como en sus estilos de acción, que al comienzo al menos privilegiaron la convocatoria masiva y la "política callejera" por sobre los acuerdos cupulares y la "política de salón". Pero su opción de desenvolverse dentro de la normativa establecida marcó una tónica "legalista" que presuponía la viabilidad de una solución política a los problemas sociales, así como la conveniencia de que el mundo popular actuase políticamente. "El medio de conquistar para nuestra cara patria los progresos que ansía la opinión," señalaba el líder democrático Malaquías Concha en una carta fechada en marzo de 1888, "consiste en asociarnos, en constituir un partido político, fuerte y poderoso, capaz de llevar a la representación nacional mandatarios genuinos de la voluntad popular, sostenedores ardientes y convencidos de las reformas sociales y económicas que reclaman el progreso y el bienestar de la nación"¹⁷. El Estado oligárquico debía ser a lo menos interpelado, y eventualmente incluso penetrado, por los representantes del mundo popular¹⁸.

La irrupción de un partido con base popular en la arena política no dejó de despertar temores en la opinión oligárquica, que tempranamente vio en aquel fenómeno el escenario más pesimista a que podía dar lugar la "cuestión social":

no". *Dimensión Histórica de Chile* N° 8, Santiago 1991. Hernán Ramírez Necochea, pese a considerar que "El Partido Democrático no fue un partido de la clase obrera", pues "en él convivían elementos de diversa extracción social que tenían, en consecuencia, diversos intereses económico-sociales", reconoce no obstante que "la calidad de trabajadores que ostentaron muchos dirigentes y el contenido avanzado de su programa, hicieron que el Partido tuviera gran raigambre popular y llegara a ser —incuestionablemente— el primer partido auténticamente popular, de masas, que hubo en Chile", *op. cit.*, 215-216. Ver también Mario Garcés, *op. cit.*, 242, Gonzalo Vial, *op. cit.*, 547-549, 576-577; René Millar, "El parlamentarismo chileno y su crisis 1891-1924", en Oscar Godoy (ed.), *Cambio de régimen político*, Santiago 1992, 272; y Julio Heise *El Período Parlamentario 1861-1925*. Tomo II: *Democracia y gobierno representativo en el período parlamentario*, Santiago 1982, citado en adelante como Julio Heise (II), 329-332.

¹⁶ Grez, *passim*; Garcés, *op. cit.*, 238-239; Vial, *op. cit.*, 853.

¹⁷ Malaquías Concha, "La democracia en Chile bajo el punto de vista social, político y económico", *La Discusión*, Chillán), 20 y 21 de marzo de 1888; reproducido en Grez, *La "cuestión social"*..., 369-375.

¹⁸ Además de la carta de Malaquías Concha citada en la nota anterior, los principios programáticos del Partido Democrático pueden ser vistos en el "Manifiesto del Partido Democrático al pueblo de Chile" y el "Programa del Partido Democrático", ambos reproducidos en Grez, *La "cuestión social"*..., 363-367.

el germen de un socialismo destructor de la propiedad y el orden¹⁹. A la postre, sin embargo, los análisis han tendido a coincidir en que el institucionalismo del Partido Democrático, que ya hacia 1894 daba sus primeros frutos con la elección del militante Angel Guarello a la Cámara de Diputados, terminó entrampándolo en las redes del sistema parlamentario y anulando su capacidad de dar solución efectiva a los problemas populares. Julio Heise llega incluso a afirmar el carácter “burgués” del partido, haciendo referencia a la extracción social de muchos de sus dirigentes y al “arribismo” que rápidamente se apoderó de su accionar²⁰. Esta circunstancia explicaría, se dice, la temprana deslegitimación de las estrategias político-electorales entre los sectores populares, y el ascenso de las ideas anarquistas y anarcosindicalistas. Dicho de otro modo, la “cooptación” del Partido Democrático por parte del sistema habría confirmado la inviabilidad intrínseca de un camino político para el pueblo trabajador.

La situación admite, sin embargo, una lectura diferente. “El PD”, sostienen por ejemplo Míguez y Vivanco en su estudio sobre los orígenes del anarquismo en Chile, “había minado su original fervor popular y reformista y entrado de lleno a las prácticas parlamentarias y componendas al más puro estilo de los partidos oligárquicos”. Pero en lugar de alejar al elemento más “clasista” de la lucha política, continúan, esta situación llevó a la constitución de diversos “núcleos populares” que se presentaban “como alternativa a dicho partido y respondían a la necesidad que tiene la clase obrera de afirmar su autonomía, con un proyecto político propio”²¹. Es verdad que en algunos casos ese “proyecto propio” tomó la ruta anarquista, alejándose de las prácticas políticas más cotidianas para privilegiar la acción exclusivamente reivindicativa y social. Con igual frecuencia, sin embargo, los defensores de la causa popular procuraron alcanzar tal autonomía sin renunciar del todo a la interlocución con el aparato institucional, a cuyo efecto dieron origen a las primeras agrupaciones de carácter “socialista”, como el Centro Social Obrero, la Agrupación Fraternal Obrero, La Unión Socialista y el Partido Obrero Socialista Francisco Bilbao, todas formadas durante la segunda mitad de los años 90²².

¹⁹ Estas expresiones fueron especialmente notorias en el campo clerical-conservador, que ya hacia fines de los años 80 denunciaba abiertamente la llegada a Chile del “peligro comunista”, pero también se hicieron presentes en el pensamiento de voceros liberales como Arturo Alessandri Palma y Valentín Letelier; ver Sergio Grez, *La “cuestión social”...*, 29-38 y textos pertinentes. También Ramírez Necochea, *op. cit.*, 201-207; Gonzalo Vial, *op. cit.*, 538-547; y Ximena Cruzat y Ana Tironi, *op. cit.*, 129-139.

²⁰ Julio Heise (II); 282; algo similar sugiere René Millar, aunque más en el sentido de su identificación plena con el régimen de gobierno que en el de la extracción social de sus militantes, *op. cit.*, 272.

²¹ Míguez y Vivanco, *op. cit.*, 105-106.

²² La historia de estas agrupaciones ha sido narrada con cierto detalle por Ramírez Necochea, *op. cit.*, 226-245, y es también incluida en su análisis por Garcés, *op. cit.*, 254-260, y Subercaseaux, *op. cit.*, 224-228.

En rigor, las diferencias iniciales entre esta corriente y la anarquista fueron muy difusas, incluyéndose entre los primeros militantes "socialistas" varias figuras que la posteridad ha identificado más bien con la segunda vertiente, como Luis Olea, Magno Espinoza y Alejandro Escobar y Carvallo²³. Asimismo, la ruptura de muchos de ellos con el Partido Democrático fue sólo pasajera, lo que revelaba cierta reticencia a abandonar para siempre el primer vehículo aglutinador de la inquietud política popular. Incluso ideológicamente, como lo ha manifestado Bernardo Subercaseaux, las primeras formulaciones "socialistas" no se alejaban mucho del "liberalismo popular" articulado por el programa demócrata²⁴. De modo que fue sólo durante la primera década del siglo XX que se decantó de verdad una propuesta propiamente "socialista", diferenciada del anarquismo por su adhesión a la lucha política, y del Partido Democrático por su reivindicación de la autonomía de clase y de un programa al menos nominalmente revolucionario. Sobre tales bases se fundaría en 1912 el Partido Obrero Socialista de Luis Emilio Recabarren, que a contar de la Primera Guerra Mundial pasó a encarnar los más negros temores de la oligarquía parlamentaria. Así parecía culminar, cuestionando los fundamentos mismos del orden imperante, la politización obrera nacida al calor de la "cuestión social".

Existió también, sin embargo, otra vertiente de politización popular, cuyas implicancias para la supervivencia del sistema resultaban bastante más tranquilizadoras. En teoría, desde la ruptura con el coloniaje español la institucionalidad chilena descansaba en un concepto de soberanía popular que involucraba alguna forma de participación ciudadana, vale decir, de intervención del "pueblo" en la generación de la esfera pública²⁵. Como en casi todo el mundo

²³ Así por ejemplo, la antología de textos socialistas realizada por Eduardo Devés y Carlos Díaz bajo el título de *El pensamiento socialista en Chile. Antología 1893-1933*, Santiago 1987 exhibe un capítulo denominado "El socialismo ácrata" que incluye varios artículos publicados por las agrupaciones mencionadas. Por su parte, Sergio Grez advierte que "Hasta comienzos del siglo XX la diferenciación entre estas corrientes no fue clara. Al interior del Partido Democrático existían tendencias radicales influenciadas por el anarquismo y el socialismo. Por otra parte, las fronteras entre el socialismo marxista y el socialismo libertario eran más bien difusas", *La "cuestión social"...*, 38, n. 107.

²⁴ "Todas estas agrupaciones esgrimieron algunas demandas que fueron también planteadas como tales por los partidos demócrata, radical y liberal-democrático o balmacedista. Fundamentalmente demandas por una instrucción gratuita y obligatoria para el pueblo, por la creación de escuelas y talleres nocturnos en todo el país, por instrucción e igualdad civil para la mujer. Pidieron además separación de la Iglesia del Estado, promoción de una cultura laica y protección y fomento de la industria nacional. De esta franja común de demandas puede colegirse que la cultura política de orientación socialista no fue a fin de siglo una cultura obrera de carácter autárquico, sino que estuvo fuertemente permeada por planteamientos del laicismo ilustrado y por una matriz iluminista compartida por amplios segmentos de la sociedad.", Subercaseaux, *op. cit.*, 226.

²⁵ Sobre este tema, ver Alfredo Jocelyn-Holt, *La independencia de Chile. Tradición, modernización y mito*, Madrid 1992, especialmente sus capítulos 6, 7 y 9.

occidental, sin embargo, durante gran parte del siglo XIX esa intervención se vio fuertemente restringida en la práctica por una definición de ciudadanía que excluía a la inmensa mayoría de la población, ya fuese por criterios socioeconómicos, de instrucción formal, de edad o de género. Además, hasta la derrota de Balmaceda en 1891 operó una restricción adicional representada por la manipulación de las elecciones por parte del Ejecutivo, la que restaba toda efectividad incluso a la limitada participación política que el sistema permitía.

A contar de los años 70, sin embargo, el liberalismo de elite inició un proceso de ampliación del electorado que terminó por consagrar formalmente, aun antes de la Guerra Civil de 1891, el derecho al sufragio de todos los varones alfabetos mayores de edad. Después de esa fecha, la conquista definitiva de la "libertad electoral" y el predominio del Legislativo transformó a las elecciones y a los partidos políticos en instrumentos todavía más reales de poder, con lo que la movilización de ese electorado cobró un valor, ahora sí, estratégico. Era ese proceso el que los historiadores liberales tenían en mente cuando hablaban de la creciente "democratización" del sistema político chileno, lo que de algún modo implicaba una valorización —al menos como votante— del ciudadano popular²⁶.

Es verdad que ya desde los años 60 —o, en el sentir de algunos autores, desde el propio proceso de independencia— la política chilena venía exhibiendo un recurso creciente a la agitación callejera a través de "asambleas electorales" y "pobladas", donde el elemento popular ejercía una presencia física no desdeñable, práctica que hasta cierto punto encontró su culminación en la campaña presidencial de Benjamín Vicuña Mackenna en 1875-76, y también en las tumultuarias jornadas convocadas en 1888 por el naciente Partido Democrático²⁷. Pero no cabe duda que fue la consolidación del régimen parlamentario la

²⁶ La argumentación es desarrollada con minucioso cuidado por Julio Heise en su segundo tomo de *El Periodo Parlamentario*, citado en la nota 15, y que precisamente lleva por subtítulo *Democracia y gobierno representativo en el período parlamentario*. Ver también Millar, *op. cit.*, 289.

²⁷ Sobre las "asambleas" y "pobladas" ver Julio Heise (II), 36-37; también Sergio Grez, en un libro aún inédito, se extiende prolongadamente sobre lo que él denomina "convocatoria política utilitaria" del bajo pueblo por parte de la elite, práctica que se habría inaugurado con las luchas que condujeron a la independencia nacional. Un argumento análogo ha sido desarrollado para los procesos nor-Atlánticos de modernización social por el historiador George Rudé, quien señala la complementariedad entre elementos "inherentes" y "derivados" en la ideologización de la protesta popular; ver su artículo "Ideology and Popular Protest" en *The Face of the Crowd. Studies in Revolution, Ideology and Popular Protest*, Nueva York y Londres 1988. Sobre la campaña de Vicuña Mackenna, Julio Heise (II), 66-70, 346 y Vial, *op. cit.*, 578-9; sobre los "tumultos" democráticos de 1888, Grez "Los primeros tiempos del Partido Democrático chileno", 45-52. Para el caso argentino existe un estudio análogo de Hilda Sabato titulado "Citizenship, Political Participation and the Formation of the Public Sphere in Buenos Aires 1850s-1880s", *Past & Present* N° 136, agosto de 1992.

que otorgó a un eventual electorado de masas un atractivo político sin precedentes, especialmente cuando los índices de alfabetismo masculino venían también experimentando un sostenido ascenso. Dicho de otro modo, los propios partidos oligárquicos pasaban a interesarse en una politización del mundo popular —siempre y cuando, desde luego, ésta no amenazase desbordar los mecanismos de contención. De hecho, en tanto ofrecía una nueva forma de interlocución controlada entre los de arriba y los de abajo, una politización de este tipo podía incluso convertirse en el mejor antídoto frente a los excesos de la “cuestión social”. La politización popular podía ser un agente de integración tanto como un elemento de ruptura social²⁸.

Esta doble funcionalidad de una movilización política popular manejada “desde arriba” puede ayudar a comprender la aparición más o menos simultánea, entre fines de los 80 y principios de los 90, de motivos cada vez más “sociales” en el discurso de varios partidos tradicionales. Así por ejemplo, la primera Convención Nacional realizada por el Partido Radical en 1888 establecía entre sus principales puntos programáticos el mejoramiento de la condición de la clase trabajadora, preocupación que ya en 1887 había impulsado a algunos de sus jóvenes militantes a romper con el tronco histórico para contribuir a la fundación del Partido Democrático. Durante los 90, ésta siguió echando raíces a través de la influencia y el pensamiento de Valentín Letelier, registrado en su famoso escrito de 1896 “Los pobres”²⁹. De igual forma, durante la Guerra Civil de 1891 el bando balmacedista esgrimió un discurso violentamente antioligárquico destinado a atraerle un mayor apoyo popular, estrategia que sus partidarios seguirían empleando eficazmente después del retorno a la vida legal³⁰. En este sentido, no deja de ser sugerente que el balmacedismo de los 90 se haya reagrupado bajo la denominación de “Partido Liberal Democrático”, el

²⁸ A esta idea apunta Heise cuando dice que “Nuestros hombres dirigentes sabían que el sufragio universal presupone propaganda política y genera abundante cohecho. Ellos comprendieron desde un comienzo que la extensión del sufragio no era lo más decisivo. Mucho más importante era la técnica de organizar, dirigir y financiar una elección. En el siglo pasado y aun en nuestros días una elección se pone en movimiento por el dinero y sólo en interés del grupo o de la persona que lo posee.”, *op. cit.*, 54.

²⁹ Reproducido en Grez, *La “cuestión social”...*, 425-435.

³⁰ El tema ha sido analizado, con el fin de desvirtuarlo, por Julio Heise en el tomo I de su *Historia de Chile. El Período Parlamentario*, Santiago 1974, citado en adelante como Julio Heise (I), 108-120. La noción del balmacedismo popular está muy ligada a la obra de Hernán Ramírez Necochea, *Balmaceda y la contrarrevolución de 1891*, 3ª edición, Santiago 1972. Otras consideraciones sobre el tema en Micaela Navarrete Araya, *Balmaceda en la poesía popular 1886-1896*, Santiago 1993; Sergio Grez, “Balmaceda y el movimiento popular”, Sergio Villalobos y otros, *La época de Balmaceda*, Santiago 1992; y Julio Pinto Vallejos, “El balmacedismo como mito popular: los trabajadores de Tarapacá y la Guerra Civil de 1891”, en Luis Ortega (ed.), *La Guerra Civil de 1891*, *op. cit.*

mismo nombre, como lo ha señalado Gonzalo Vial, del "grupo liberal que había apoyado (en 1875) a Vicuña Mackenna"³¹. Así, para las elecciones parlamentarias de 1894, primeras desde la implantación definitiva de la libertad electoral, Julio Heise afirma que radicales y liberales democráticos se presentaron como "redentores de la democracia oprimida por los partidos oligárquicos y por la banca personificados en el conservantismo", sindicando "a la clase alta y al clero como culpables de la miseria y de la pobreza"³².

A decir verdad, ni siquiera la vapuleada ala "clerical" de la oligarquía, que se aglutinaba políticamente en torno al Partido Conservador, se mostró lenta en aprovechar electoralmente el ascendiente que ya tenía sobre el mundo popular, o en resolverse a afianzarlo entre aquellos sectores a los que la prédica materialista y atea hacía cada vez menos controlables. Para tal efecto se valió, precisamente desde 1891, de las directrices contenidas en la encíclica *Rerum Novarum*, punto de partida del cristianismo social que hacia el fin de siglo comenzó a disputarle nuevamente los espacios populares al anticlericalismo y a la izquierda³³. La eficacia de esta acción proselitista puede inferirse de los excelentes resultados electorales que obtuvo el Partido Conservador a partir de 1891, lo que, al igual que balmacedistas y radicales, lo hizo figurar sistemáticamente entre los partidos más votados. Resumiendo, y como lo ha reconocido Bernardo Subercaseaux, "es cierto que a fin de siglo la injerencia de los partidos populares en el Estado o en el nivel político-institucional es casi nula. El contingente del pueblo y de las capas medias que vota lo siguen haciendo, fundamentalmente, por los partidos tradicionales"³⁴. El punto a retener, para los efectos de esta discusión, es que ese contingente era a la vez más numeroso y más necesario que en el pasado.

El argumento no debe ser exagerado. Los índices de participación electoral se mantuvieron hasta la década de 1920 en cifras sumamente bajas, siempre inferiores al 10% de la población total³⁵. Como lo ha señalado el sociólogo

³¹ Vial, *op. cit.*, 578-579.

³² Heise (II), 108.

³³ El tema ha sido analizado por Vial, *op. cit.*, 541-545; James Morris, *op. cit.*, capítulo 5; Cruzat y Tironi, *op. cit.*, 132-137; y Grez, *La "cuestión social"*,..., 29-35; en este último libro también figuran varios textos representativos del discurso social de la Iglesia de los 90, como la "Pastoral que el Ilmo. y Rvmo. Señor Don Mariano Casanova, arzobispo de Santiago de Chile, dirige al clero y fieles al publicar la encíclica de nuestro santísimo padre León XIII sobre la condición de los obreros" (379-387); "Pastoral sobre la propaganda de doctrinas irreligiosas y antisociales", por el mismo arzobispo Casanova (401-410); "León XIII y la clase obrera", por José Ramón Gutiérrez (419-424) y "Cuestiones obreras", por Juan Enrique Concha Subercaseaux (457-517).

³⁴ Subercaseaux, *op. cit.*, 114.

³⁵ Según un cuadro aparecido en Heise (II), 204, la máxima participación electoral antes de 1924 se obtuvo en las elecciones parlamentarias de 1912, cuando votó un 8,34% de la población total. Durante los años 90, la cifra nunca excedió el 5%.

Atilio Borón: "parecería claro que la extensión de los derechos políticos a una categoría de ciudadanos no garantiza de por sí la movilización de los mismos, tanto en la dimensión puramente cuantitativa como en la referida al contenido político de su voto"³⁶. Además, la participación que efectivamente existió fue sistemáticamente distorsionada por prácticas como el cohecho y el caciquismo electoral, que en última instancia representaban un nuevo mecanismo oligárquico para seguir ejerciendo su antiguo monopolio político³⁷. Con todo, y como bien lo han señalado diversos historiadores del período, el hecho mismo de extorsionar o comprar votos denotaba un situación nueva en la historia del país, que podría definirse como de creciente poder de intervención política, en latencia si no en la práctica, de la masa popular. Es esto precisamente lo que ha llevado a analistas como Julio Heise o María Rosaria Stabili a reconocerle al vilipendiado Período Parlamentario al menos el mérito de haber servido como "escuela cívica del pueblo chileno" o como etapa de "construcción de un mercado político", con todo lo que ello implicaba en términos de mayor libertad ciudadana. En palabras del primer autor mencionado, "la completa paz política y la tranquilidad social que caracterizaron a esta etapa de nuestro desenvolvimiento histórico sólo estuvieron interrumpidas por la revolución balmacedista de 1891, que, entre otras consecuencias, permitió afianzar sólidamente esa paz política y esa tranquilidad social... (Todos los) sectores inspirados en los mismos ideales de respeto a la ley y a las garantías constitucionales pudieron desenvolverse políticamente dentro de un ambiente apacible y de recíproca consideración. A la sombra de este riguroso respeto a la ley se mantuvo la tranquilidad pública y se hizo posible la educación política de gobernantes y gobernados"³⁸. La "tranquilidad social" nombrada por Heise resulta claramente discutible, pero no así el respeto a las libertades públicas y la ausencia de represión política, que sin duda facilitaron el aprendizaje popular. De ese modo, la incorporación del mundo popular a los espacios políticos aparece una vez más, aunque por un camino diferente, como uno de los rasgos fundamentales del tiempo de la "cuestión social".

En conclusión, a partir de la Guerra Civil de 1891 la sociedad chilena vivió un proceso mediante el cual algunos segmentos del mundo popular incurso-

³⁶ Atilio A. Borón, "Movilización política y crisis política en Chile (1920-1970)", 67.

³⁷ Julio Heise (II) la califica como "factores ajenos a la legislación que configuran la realidad electoral", 225-275.

³⁸ Heise (I), 272. Ver también María Rosaria Stabili, "Mirando las cosas al revés: algunas reflexiones a propósito del período parlamentario", en Luis Ortega (ed.), *La Guerra Civil de 1891. Cien años hoy*; Karen L. Remmer, "The Timing, Pace and Sequence of Political Change in Chile, 1891-1925", *Hispanic American Historical Review*, vol. 57, N° 2 (1977); y Subercaseaux, *op. cit.*, 53-54.

naron en los espacios políticos que antes les habían sido vedados –o en los que nunca se habían interesado–, transformándolos tan profundamente que sus efectos dominarían la problemática nacional durante casi todo el siglo XX. Según la argumentación desarrollada hasta aquí, esto se verificó básicamente a través de tres conductos, que a menudo se transitaron en forma combinada: la deslegitimación frontal del Estado y la priorización de la sociedad civil postuladas por el anarquismo; la interlocución más o menos beligerante y programática propia del socialismo; y la cooptación en diversos grados que ofrecían un Partido Democrático ya “domesticado” o unos partidos tradicionales con posturas cada vez más “populistas”. Tomando como base geográfica la provincia de Tarapacá, uno de los principales núcleos del emergente proletariado industrial y temprano bastión de politización popular, las páginas que siguen intentarán registrar los primeros pasos de esta transformación entre fines de la década de 1880 y el cambio de siglo. A ese nivel de especificidad regional, que por lo demás ocupa el mismo escenario en que posteriormente se desenvolvería el accionar de la primera Mancomunal, se fundaría el Partido Obrero Socialista, y se iniciaría la leyenda “populista” de Arturo Alessandri (el “León de Tarapacá”), debería percibirse más fácilmente cómo los trabajadores chilenos comenzaron su tránsito desde una “cuestión” predominantemente social a una “cuestión” cada vez más marcada por lo político. Es decir, de cómo la “cuestión social” terminó por devenir “cuestión política”.

2. LA FANTASMAL POLITIZACIÓN “ENDÓGENA”

En Tarapacá, como en todo Chile, la primera agrupación política que se identificó unívocamente con la clase trabajadora fue el Partido Democrático. A comienzos de marzo de 1889, poco más de un año después de su fundación a nivel nacional, el sastre y antiguo mutualista José 2º Leiva aprovechó un *meeting* popular organizado en honor a la visita del Presidente Balmaceda para proponer, según él “a instancias de varios amigos”, que en Iquique también “se echaran las bases del Gran Partido Democrático”. Al parecer, ese acto le granjeó la desaprobación de algunos otros directores del *meeting*, contrarios a “hacer política en esa reunión, ni mucho menos tocar personalidades de ninguna naturaleza”³⁹. Esto a su vez indujo a Leiva a ridiculizarlos a través de las columnas del periódico *La Industria*, acusándolos de “arrepentirse, golpeándose el pecho y cantando muy en alto el mea culpa, para congraciarse con las autorida-

³⁹ *El Progreso*, 12 de marzo de 1889; salvo que se indique lo contrario, todos los periódicos citados en adelante son de la ciudad de Iquique.

des civiles y militares". Fuese por este inauspicioso comienzo, o por la tradicional reticencia del mutualismo local a involucrarse en política (en 1885 el propio Leiva había encabezado una disidencia de la Sociedad de Artesanos y Socorros Mutuos *El Porvenir* por "no tender sino a fines puramente políticos, escudando esos propósitos con el nombre de sociedad de artesanos"⁴⁰), el hecho fue que, por el momento al menos, la convocatoria no tuvo mayores consecuencias. Aunque a esas alturas Iquique ya había sido teatro de importantes movilizaciones obreras, las condiciones aún no se manifestaban propicias para el nacimiento de un partido que enarbolará políticamente las banderas de reivindicación social⁴¹.

La situación no varió mayormente hasta fines del gobierno de Balmaceda, pese a que en el intertanto se produjo la huelga general de julio de 1890, respecto de la cual, como lo ha resaltado Sergio Grez, el Partido Democrático santiaguino tampoco se pronunció de modo alguno, presuntamente por indiferencia frente a los "sectores de trabajadores más paupérrimos y con menor capacidad de organización y representación en el estrecho cuadro político de la época"⁴². Ello no obstante, cabe consignar que en la versión iquiqueña del conflicto se destacó como conductor de masas el futuro dirigente demócrata César Augusto Cáceres, cuya figuración distó mucho de ser insignificante⁴³. Con todo, fue sólo con el inicio de la campaña preparatoria de las elecciones que debían tener lugar en 1891 que los demócratas iquiqueños pudieron finalmente establecerse en forma más permanente. A tal efecto, el 11 de octubre de 1890 se invitó a través la prensa local "a la clase obrera y al pueblo en general a una reunión que tendrá lugar el domingo 12 del presente... con el objeto de organizar el Partido Democrático"⁴⁴.

Pese a que los promotores de la nueva agrupación se identificaban genéricamente como "miembros del cuerpo de artesanos y demás que firman", un examen más minucioso de sus nombres revela que los artesanos se hallaban en franca minoría. De las 18 personas que firmaron la proclama sólo ha sido posible distinguir plenamente como tales al ya nombrado José 2° Leiva, sastre,

⁴⁰ *El Veintiuno de Mayo*, 13 de marzo de 1885. Este incidente ha sido tratado más extensamente en mi artículo "En el camino de la Mancomunal: Organizaciones obreras en la Provincia de Tarapacá, 1880-1895", en *Cuadernos de Historia*, N° 14, Santiago, 1994. Respecto de la ortografía del apellido de José 2° Leiva, quien reaparecerá varias veces en estas líneas, las fuentes la exhiben indistintamente como "Leiva", "Leyva" o "Leyba", tal vez porque él mismo variaba su manera de firmar.

⁴¹ La tentativa frustrada de fundación del Partido Democrático iquiqueño en marzo de 1889 ha quedado registrada en *La Industria*, ediciones del 9, 12 y 13 de marzo de 1889, y *El Progreso*, de la misma ciudad, ediciones del 10 y 12 de marzo de 1889.

⁴² Grez, "Balmaceda y el movimiento popular", *op. cit.*, 99.

⁴³ Ver Julio Pinto, "En el camino de la Mancomunal...", *op. cit.*

⁴⁴ *La Voz de Chile*, 11 de octubre de 1890.

y a Juan de Dios Astudillo, hojalatero, en tanto que el mundo no artesanal aportaba al médico Santiago del Campo, eventualmente elegido presidente de la agrupación, a los profesores Clodomiro Rodríguez y Juan de Dios Andaur, y prácticamente a todo el cuerpo de redacción del periódico *El Nacional*, anteriormente sindicado por las autoridades y prensa regional como uno de los principales instigadores de la huelga de julio⁴⁵. Curiosamente, el texto de la convocatoria no aludía a los temas "sociales" con los que se había venido identificando el accionar democrático en otros lugares, y sí en cambio a temas estrictamente "políticos" como la incidencia en las elecciones de las nuevas leyes municipales y la práctica del fraude electoral. "Estas consideraciones", concluía el llamado, "obligan a todo buen ciudadano amante de su patria, celoso por sus leyes e interesado en su progreso a no desentenderse en asunto de tanta magnitud y de tan vital importancia". De esa manera, la formación del Partido Democrático iquiqueño se justificaba más por la necesidad de movilizar electoralmente al pueblo que por buscar soluciones políticas a los problemas de orden social.

Esta vocación estrictamente "electoralista" conservó su pureza durante toda la campaña, convirtiéndose la inscripción de votantes en la principal ocupación de la naciente militancia demócrata. El logro de ese objetivo incluso justificó la adopción de prácticas motivacionales por las cuales más de alguna vez se había criticado a los partidos oligárquicos, como lo indica un aviso que ofrecía a quienes acudieran a firmar los registros electorales "lunch y licores gratis"⁴⁶. Otro indicador sugerente de la "moderación" democrática fue la expulsión de todos los militantes vinculados a *El Nacional*, luego de que la imprenta de *La Voz de Chile*, diario antagonista de aquél, fuese saqueada por una turba. El periódico asaltado se identificaba estrechamente con los intereses del consorcio North, y había formulado duras críticas a la acción "agitadora" promovida desde las columnas de *El Nacional* antes y durante la huelga de julio. Considerando que los saqueadores habían acompañado su acción con gritos de "¡abajo los extranjeros!" y "¡mueran los gringos!", los editores de *La Voz de Chile* no titubearon en culpabilizar directamente del atentado a "esos espíritus pervertidos" que, cobijados en el periódico rival, "desde principios de este año predicaban, con cínica petulancia, la comuna, el ataque a la propiedad, la guerra al capital, la muerte al extranjero"⁴⁷.

⁴⁵ Sobre la participación de *El Nacional* en la huelga de 1890 ver mis artículos "1890: un año de crisis en la sociedad tarapaqueña", *Cuadernos de Historia* N° 2, Santiago 1982; "El bal-macedismo como mito popular: los trabajadores de Tarapacá y la Guerra Civil de 1891", en Luis Ortega (ed.), *La Guerra Civil de 1891. Cien años hoy*, Santiago 1991, y el ya citado "En el camino de la Mancomunal...".

⁴⁶ *La Voz de Chile*, 8 de noviembre de 1890.

⁴⁷ *La Voz de Chile*, 11 de noviembre de 1890.

Enfrentado a tales hechos, el directorio democrático optó por distanciarse inequívocamente de los participantes en el saqueo, señalando que éstos no podían identificarse con ninguna agrupación política puesto que, al no saber leer ni escribir, ni siquiera tenían derecho a ser electores⁴⁸. El repudio también se expresó en la expulsión de los redactores de *El Nacional*, pese que su editor en jefe, Juan Vicente Silva, había estado poco antes disputando la presidencia local del partido al doctor Santiago del Campo. Tan drásticas medidas llevaron a una complacida *Voz de Chile* a desconocerle a *El Nacional* su carácter pretendidamente popular (“ayer no más el gran partido democrático desairó a uno de sus redactores que, infatuado y lleno de pretensiones, quiso disputar la Presidencia”), y aplaudir la voluntad demócrata de desembarazarse de “todo lo que huele a huelga y desorden”⁴⁹. Y aunque el pasado reciente del partido, al menos en su versión santiaguina, no estaba precisamente libre de “huelgas y desórdenes”, el propio Malaquías Concha aprobó el alejamiento de los “elementos viciados, que a la sombra de nuestra bandera inmaculada pretenden hacer medrar intereses particulares o servir desde nuestro campo, amparados con nuestro nombre, ajenas causas”. En suma, y pese a que Concha se cuidó de aprovechar la ocasión para reiterar la total autonomía del partido “contra los candidatos de la intervención *presidencial* y de la intervención *congresal*”, a los incipientes demócratas iquiqueños claramente no les interesaba aparecer en una postura confrontacional⁵⁰.

Como en otras partes del país, la Guerra Civil de 1891 fracturó a la agrupación iquiqueña entre balmacedistas y congresistas. César Augusto Cáceres, conductor de las grandes movilizaciones populares de 1890 y director del Partido Democrático desde noviembre, fue encarcelado por las autoridades balmacedistas en enero de 1891, como lo fue también el director democrático José Antonio Miranda, catalogado en las listas electorales como “empleado”⁵¹. A José 2° Leiva, en cambio, se le acusaba años después de haber seguido un camino zigzagueante, inclinándose primeramente por el bando balmacedista para convertirse poco después en “revolucionario” y terminar una vez más como “dictatorial”, volviendo al sur “como víctima de la revolución e implorando algunos beneficios de don Juan E. Mackenna”, acaudalado caudillo de los bal-

⁴⁸ *La Voz de Chile*, 12 de noviembre de 1890.

⁴⁹ *La Voz de Chile*, 11 y 12 de noviembre de 1890.

⁵⁰ Carta enviada al directorio de Iquique, transcrita en *La Voz de Chile*, 6 de diciembre de 1890, subrayado en el original. Sobre el accionar agitativo del Partido Democrático santiaguino, ver Sergio Grez “Los primeros tiempos del Partido Democrático chileno...”, *op. cit.*

⁵¹ *La Voz de Chile*, 13 y 14 de enero de 1891. La división del Partido Democrático durante la Guerra Civil de 1891 ha sido tratada por Grez, “Los primeros tiempos del Partido Democrático...”, 60-62.

macedistas derrotados⁵². En términos globales, este quiebre provocó la desaparición de los demócratas tarapaqueños como agrupación, pero al restaurarse la unidad partidaria en 1892 no tardaron mucho en reconstituirse. Aunque el futuro no iba a estar exento de nuevas divisiones, esta vez la colectividad sí logró consolidar una presencia más duradera.

Ello no obstante, al analizar el accionar concreto del Partido Democrático iquiqueño durante los años 90 lo primero que llama la atención es su muy discreta figuración. A diferencia de otras capitales de provincia con una concentración obrera mucho menos marcada, como Parral, Chillán, Talca o San Felipe, Iquique no fue capaz de engendrar durante esa década ningún periódico demócrata⁵³. Más aún: el único diario genuinamente obrero surgido en la ciudad por esos años, *El Obrero* (1896), no dedicó ninguno de sus veinte números siquiera a informar sobre el partido, cuidándose por el contrario de explicitar taxativamente su voluntad de no prestar sus columnas para registrar "nada concerniente a la política". Es verdad que entre sus promotores se hallaban varios dirigentes mutualistas de reconocida militancia demócrata, y que su declaración de principios incluía conceptos propios de esa agrupación, como los de que "constituyendo la clase trabajadora la mayoría de la nación, de ella depende el progreso de la Patria", o que "La seguridad personal del obrero, la garantía individual que le otorga la Constitución y las leyes, será un deber primordial para nosotros defenderlas... y haremos que todos comprendan los derechos que tienen como ciudadanos de una República democrática"⁵⁴. Ni con eso, sin embargo, este órgano dedicado explícitamente "a las sociedades obreras y de socorros mutuos" se animaba a deponer una prescindencia partidista que el pensamiento democrático debía juzgar incomprensible.

Tampoco fue muy brillante para los demócratas tarapaqueños el desempeño electoral, pues pese a su clara opción por la vía político-institucional no lograron sacar partido del creciente universo de votantes populares para levantarse como el principal partido obrero de la localidad. En esta materia no resulta fácil formarse una noción muy precisa de las fuerzas democráticas, debido a que durante casi toda la década enfrentaron las elecciones en mancomunidad con los partidos tradicionales, según el emergente esquema de "Alianza" y "Coali-

⁵² *El Heraldo del Norte*, 25 de enero de 1897.

⁵³ *El Nacional*, 17 de noviembre de 1896. Míguez y Vivanco afirman en su artículo citado, 101, que *El Jornal*, diario iquiqueño aparecido en 1893, era demócrata, pero como se verá en la tercera parte de este trabajo su verdadera filiación era balmaquista, lo que también ha sido establecido por Gonzalo Vial, *op. cit.*, vol. II, 104. Sobre la prensa demócrata en general, ver Osvaldo Arias Escobedo, *La prensa obrera en Chile, 1900-1930*, Chillán 1970; pese a lo indicado en su título, este trabajo da cuenta de los periódicos fundados desde 1890 en adelante.

⁵⁴ *El Obrero*, 1º de febrero de 1896.

ción⁵⁵. Cuando no lo hicieron, como en las parlamentarias de 1894, los resultados fueron claramente desalentadores: mientras que el balmacedista Manuel Salinas se coronaba vencedor con 2.471 votos, escoltado por el radical David Mac-Iver con 1.137, y el liberal Francisco Antonio Pinto con 998, Malaquías Concha apenas lograba reunir 187 sufragios —un 3,9% del total⁵⁶. Hay que reconocer que dicha debilidad no fue un atributo exclusivo de los demócratas tarapaqueños, pues sus similares santiaguinos o porteños tampoco exhibieron durante esos años resultados demasiado espectaculares —entre otras cosas porque no disponían de recursos comparables a los de otros partidos para la práctica del cohecho⁵⁷. Pero así y todo, en las mismas elecciones de 1894 el Partido Democrático de Valparaíso había logrado elegir a Angel Guarello como el primer diputado de la colectividad, mientras que en las de 1897, junto con la reelección de Guarello, Concepción llevó a la Cámara al caudillo Malaquías Concha⁵⁸. En la fuertemente obrera Tarapacá, en cambio, los demócratas debieron conformarse con apoyar candidatos ajenos, generalmente radicales o balmacedistas.

Esta situación fue particularmente notoria en las elecciones de alcance nacional, como las ya nombradas parlamentarias o las presidenciales. Al aproximarse los comicios de 1897, por ejemplo, "Un Demócrata" exhortaba a sus correligionarios a través de las columnas de *El Liberal Democrático* a ver en el partido balmacedista el mejor instrumento para promover "el batallar incesante de las clases proletarias por equipararse con la pudiente, o al menos porque ésta le dé el sitio que le corresponde en el gobierno político del país"⁵⁹. Llegado el momento de la elección, la Agrupación Democrática de Iquique adhirió a la candidatura senatorial de José Elías Balmaceda, balmacedista, y a la de diputado de David Mac-Iver, radical⁶⁰. Algunos meses después Tarapacá debió repetir su elección para diputado, apoyando en esta ocasión los demócratas al radical Carlos Toribio Robinet. En el acto de proclamación de dicha candidatura, el líder democrático José 2º Leiva presentó una lista de siete peticiones que según él representaban "las expresiones más legítimas de la clase obrera y trabajadora de Tarapacá", y a cuyo cumplimiento presuntamente se condicionaba la adhesión de sus correligionarios. Se incluían entre ellas reivindicaciones

⁵⁵ El significado y características de estas alianzas políticas, que dominaron todo el "Período Parlamentario", ha sido tratado por Heise (II), 286-290, y Vial, volumen I, tomo II, 574-585.

⁵⁶ *El Nacional*, 13 de marzo de 1894. *El Jornal* de la misma fecha, periódico balmacedista, da a Malaquías Concha aun menos votos: 110.

⁵⁷ Este y otros obstáculos que conspiraron contra un más rápido desarrollo del Partido Democrático han sido apuntados por Heise (II), 330-332.

⁵⁸ Heise (II), 110, 120; *El Nacional*, 14 de marzo de 1897.

⁵⁹ *El Liberal Democrático*, 14 de enero de 1897.

⁶⁰ *El Heraldo del Norte*, 6 de marzo de 1897.

ya clásicas del mutualismo chileno, como la creación de más escuelas primarias, el establecimiento de un liceo industrial y la mejoría del liceo ya existente; la organización de una biblioteca pública y el despacho de una ley que promoviese la fundación de cajas de ahorro; pero también cuestiones de interés estrictamente local, como la terminación de la cañería de desagües y el mejoramiento del servicio de agua potable. Se pedía finalmente al candidato Robinet que "sin desatender los intereses del partido en cuyas filas milita, consagre especialmente su atención al mejoramiento de las clases trabajadoras que hoy, más que nunca, gimen de miseria y de hambre", esto último debido a la prolongada crisis en que por entonces se debatía la industria salitrera⁶¹.

Una vez elegido, sin embargo, el político radical pareció consagrarse más a "los intereses del partido en cuyas filas militaba" que a sus compromisos con la clase obrera tarapaqueña. Así al menos opinaba un indignado elector que un año después le enrostraba públicamente el "haber olvidado Ud. sus hermosas promesas.... (ocupándose) más de política que de trabajar en favor del pueblo que le confió su representación en el Congreso Nacional. Nosotros no queremos todos es trabajo, progreso y bienestar"⁶². Así y todo, para las parlamentarias de 1900 nuevamente faltaron los candidatos demócratas, debatiéndose la elección entre el supuestamente desacreditado Robinet, quien pese a todo conservó su asiento en la Cámara, y los balmacedistas Manuel Salinas y Daniel Balmaceda⁶³.

Considerando la dificultad objetiva de competir a nivel nacional con los partidos más establecidos, y haciendo abstracción del exitoso precedente de Valparaíso y Concepción, parece ser que los demócratas tarapaqueños se inclinaron por defender su autonomía electoral más bien en el plano local. En los comicios municipales de 1894, sin embargo, sus candidaturas tampoco tuvieron mayor fortuna frente a la avalancha balmacedista, que ocupó cinco de los nueve cargos disponibles, y el arrastre consagrado de caciques oligárquicos de antigua data como el liberal Antonio Valdés Cuevas y el radical Pablo Restat. Así, mientras el menos votado de los balmacedistas obtuvo 1.364 preferencias, los demócratas Froilán Aros y Santiago del Campo apenas reunieron 466 y 405, respectivamente, seguidos muy de lejos por Juan de Dios Arellano (88 votos)⁶⁴. En 1897 el partido volvió a probar suerte, aunque la división entre "aliancistas" y "coalicionistas" se tradujo en la presentación de listas demócra-

⁶¹ *El Nacional*, 28 de agosto de 1897.

⁶² *El Pueblo*, (Santiago), 11 de septiembre de 1898.

⁶³ *El Nacional*, 13 de marzo de 1900.

⁶⁴ *El Jornal*, 13 de marzo de 1894; *El Nacional*, 6 de marzo de 1894.

tas separadas. El ya mencionado Juan de Dios Arellano, propietario de un billar, capitalizó el apoyo de radicales y balmacedistas "aliancistas" para obtener la séptima mayoría (1.163 sufragios), transformándose en el primer demócrata iquiqueño que integraba el cuerpo de regidores explícitamente en su calidad de tal⁶⁵. Los "coalicionistas", por su parte, no tuvieron igual éxito con sus candidatos, Santiago del Campo (médico) y Federico González (mueblista), pese al prestigio de que ambos gozaban entre el mundo popular. Como se vio más arriba, el primero había sido fundador y primer presidente del partido local, mientras que González era fundador y varias veces dirigente de la más numerosa e influyente de las mutuales iquiqueñas, la Sociedad Internacional de Artesanos y Socorros Mutuos⁶⁶. A juzgar por su pobre desempeño en las urnas, la figuración en el ámbito de las organizaciones sociales aun no garantizaba un éxito análogo en materia político-electoral.

Un fenómeno muy sugerente verificado en estas mismas elecciones de 1897 fue el protagonizado por el antiguo dirigente demócrata José 2° Leiva, quien pese a aparecer hasta poco antes de la votación como uno de los líderes indiscutidos de la colectividad⁶⁷, finalmente optó por presentarse como independiente. En el acto de proclamación, presidido por el dirigente de la Gran Unión Marítima y socio de la Internacional de Artesanos y Socorros Mutuos José del Carmen Ruiz Beas, se tuvo especial cuidado en recalcar el carácter "eminente popular" y "apolítico" de la candidatura. Así, en su discurso de apertura Ruiz Beas afirmó "que la reunión no tenía carácter político, puesto que al tratarse de la elección de municipales éstos no tenían fisonomía política alguna, sino que simplemente eran administradores comunales de la localidad, encargados de cautelar los intereses del municipio y velar por la correcta inversión de sus fondos". Por su parte, Leiva aceptó la proclamación haciendo "formal declaración de que él no llevaba al seno de la Municipalidad compromiso político alguno con partido determinado, pues reservaba su libertad de acción y de criterio para obrar según las circunstancias". Para corroborar las anteriores declaraciones intervino también públicamente el conocido mutualista

⁶⁵ *El Heraldo del Norte*, 6 y 9 de marzo de 1897; sin embargo, *El Nacional* del 9 de marzo de 1897 sólo le reconoce a Arellano 1.154 votos, relegándolo al octavo lugar detrás del "liberal errazuista" Pedro Fontecilla, que había obtenido (de acuerdo a ambos diarios), 1.162.

⁶⁶ Las candidaturas aparecen consignadas en *El Nacional*, 21 de febrero de 1897. La figuración de la Sociedad Internacional de Artesanos y Socorros Mutuos de Iquique ha sido tratada con algún detalle en mi trabajo "En el camino de la Mancomunal...", *op. cit.*

⁶⁷ Así, una crónica santiaguina de enero de 1895 identifica a Leiva como "elector demócrata", *El Ferrocarril*, 16 de enero de 1895, mientras que a comienzos de 1897 aparece integrando una comisión —en la que también está Federico González— que se acerca al Partido Liberal Democrático coalicionista para ofrecerle la adhesión del Partido Democrático iquiqueño; *El Liberal Democrático*, 4 de enero de 1897.

Manuel Miranda, otro socio fundador de la Sociedad Internacional de Artesanos y Socorros Mutuos, a quien, a diferencia del antes nombrado Federico González, no se le conocía militancia partidaria:

José 2º Leiva es mi amigo, pero aunque no lo fuera tendría siempre el convencimiento de que es el verdadero ciudadano por quien debemos trabajar. ¿Me preguntarán las razones? de más sería decirlo: todo Iquique lo conoce, yo aunque pobre obrero como él lo garantizo al pueblo entero de Iquique por su conducta, sus conocimientos, su talento y celo que siempre se le ha notado cuando se trata de esta política ambiciosa como desconocida. Cuando se trata de un obrero y que se destina al rango de municipal siempre hay dificultades, pero hoy por hoy se trata de un hombre como Leiva y todo ciudadano que le conozca no trepidará en abrazarlo con su voto, como yo desde ya lo hago, y con tan unánime pensamiento no hay duda alcanzaremos lo que anhelamos, esto es que nuestro prestigioso y amado amigo José 2º Leiva será municipal, para que por medio de su celo y amor a la institución y al pueblo, repare en adelante por medio de su vigilancia y circunspección el olvido de las necesidades del obrero.⁶⁸

Sea por su larga trayectoria pública, por el decidido apoyo de las organizaciones obreras o por su imagen de independencia partidista, el hecho es que con sus 1.503 sufragios Leiva derrotó a todos sus contendores "políticos" y se coronó con la primera mayoría, pese a lo cual, al realizarse algunas semanas después la distribución de los cargos, la hostilidad de los partidos tradicionales lo relegó al puesto de sexto regidor⁶⁹. Por lo demás, el alejamiento de Leiva de las filas democráticas parece haber sido o muy efímero o una mera táctica electoral, pues en agosto de 1897 volvía a figurar oficialmente como dirigente de esa agrupación⁷⁰. De ser así, la táctica habría dado resultado, pues nunca antes ni después durante esa década un candidato obrero obtuvo una primera mayoría como la mencionada. El propio Leiva, en las elecciones municipales de 1900, apenas alcanzó a reunir 498 votos, quedando relegado al vigésimo lugar⁷¹. A juzgar por las apariencias, en el Iquique de los años noventa el apoyo de las organizaciones obreras resultaba electoralmente mucho más rentable que el auspicio del Partido Democrático.

En otro trabajo se ha argumentado que el período 1891-1900 fue efectivamente uno de intensa sociabilidad obrera en Tarapacá, con un notable creci-

⁶⁸ *El Nacional*, 28 de enero de 1897; ver también *El Heraldo del Norte*, 25 de enero de 1897.

⁶⁹ *El Heraldo del Norte*, 9 de marzo de 1897; *El Nacional*, 9 de marzo y 4 de mayo de 1897.

⁷⁰ *El Nacional*, 28 de agosto de 1897.

⁷¹ *El Nacional*, 9 de marzo de 1900.

miento en el número de organizaciones y asociados, y su expansión hacia esferas cada vez más diversas del quehacer social⁷². El contraste entre esta fortaleza y la persistente debilidad del Partido Democrático resulta por tanto bastante curioso, especialmente considerando los múltiples conductos que tradicionalmente unieron a uno y otro entre sí. Esta cercanía, bastante constatada a nivel nacional, no encontró en Iquique una excepción: también allí se percibe una fuerte trayectoria mutualista entre los principales dirigentes y militantes demócratas. Ya se ha nombrado al carpintero-mueblista Federico González, fundador de la Sociedad Internacional de Artesanos y candidato demócrata a municipal en 1897, a quien el periódico mutualista *El Obrero* destacaba como ejemplo de trabajador que había logrado su independencia económica gracias a la sobriedad y el ahorro⁷³. También habría que mencionar en ese contexto al zapatero Froilán Aros, igualmente elogiado por *El Obrero*, quien actuó como dirigente demócrata desde 1890 y fue alguna vez tesorero de la Sociedad Internacional de Artesanos⁷⁴. José Antonio Valenzuela, presidente del Partido Democrático tarapaqueño a fines de 1896, figura a fines de 1899 como presidente de la Sociedad Internacional de Artesanos, mientras que Damián Leiva, dirigente de la Gran Unión Marítima al menos desde 1894, era también secretario demócrata en 1890 y seguía siéndolo a fines de 1899⁷⁵. El propio José 2° Leiva, como ya se ha dicho, comenzó su vida pública en Iquique como socio fundador de la sociedad de socorros mutuos *La Protectora*, en 1885, y aunque en los 90 parece haberse alejado de la actividad gremial, igualmente se le nombra a fines de 1894 como segundo director de la Sociedad de Panaderos, lo que no deja de ser curioso, considerando que su oficio era el de cortador o sastre⁷⁶.

En otras palabras, el Partido Democrático iquiqueño también se nutrió, al menos en sus cuadros dirigentes, de artesanos y trabajadores formados en la matriz del mutualismo, pero sin que ese proceso se expresase en términos numéricamente significativos. Compárese al respecto, por ejemplo, los 110 votos obtenidos por Malaquías Concha en 1894 con los 700 socios que por ese mismo tiempo contaba la Gran Unión Marítima de Iquique, o los 899 que componían la Sociedad Internacional de Artesanos y Socorros Mutuos⁷⁷. Hacia comienzos de

⁷² Julio Pinto V., "En el camino de la Mancomunal...", *op. cit.*

⁷³ *El Obrero*, 5 de febrero de 1896.

⁷⁴ Aros fue tesorero del primer directorio demócrata en 1890, *La Voz de Chile*, 11 de noviembre de 1890. Ver también *El Obrero*, 5 de febrero de 1896; *El Democrático Liberal*, 4 de enero de 1897; *El Nacional*, 13 de diciembre de 1896.

⁷⁵ Referencias a José Antonio Valenzuela en *El Heraldo del Norte*, 14 de diciembre de 1896, *El Nacional*, 17 de diciembre de 1899; a Damián Leiva en *La Voz de Chile*, 11 de noviembre de 1890, *El Nacional*, 25 de diciembre de 1894, 19 de noviembre de 1897, 31 de diciembre de 1898, 9 de febrero de 1899, *El Heraldo del Norte*, 14 de diciembre de 1896.

⁷⁶ *El Nacional*, 30 de diciembre de 1894.

⁷⁷ *El Nacional*, 7 de enero de 1894 y 8 de enero de 1895.

1896, la proliferación de asociaciones incluso motivó la constitución en Iquique de una Liga de Sociedades Obreras, que pese a no lograr consolidarse en el tiempo, de todas maneras reflejaba el optimismo y confianza de sus promotores. Fruto de sus esfuerzos fue la aparición del varias veces referido diario *El Obrero*, primer periódico tarapaqueño enfocado exclusivamente hacia el mundo trabajador y que sin embargo, como se dijo antes, deslindó todo vínculo con la política partidista⁷⁸. Se revelaba así, sólo por dar un último ejemplo, que una bullente sociabilidad obrera no era condición suficiente para garantizar el éxito en las urnas, o al menos no lo era para un partido presuntamente obrero como el Democrático. Al menos en Tarapacá, el paso de lo social a lo político aún permanecía bloqueado.

Si ello sucedía con un partido obrero en franco proceso de consolidación y legitimación, su incidencia debía ser aun más previsible en el caso de expresiones políticas todavía más incipientes, como el socialismo. Ya se ha señalado que, si bien la mayoría de los historiadores coincide en identificar a los 90 como la fecha del “amanecer del movimiento socialista en Chile”, existe un consenso semejante en señalar que “hasta comienzos del siglo XX la diferenciación entre las corrientes demócratas, socialistas y anarquistas no fue clara”⁷⁹. Así por ejemplo, Ramírez Necochea afirma que los primeros indicios de socialismo chileno se confunden con “una especie de fracción o ala socialista” dentro del Partido Democrático, la que se habría expresado a través de los escritos de militantes demócratas como Luis Peña y Lara⁸⁰. De igual forma, cuando en 1897 y 1898 surgieron las primeras agrupaciones políticas que se identificaban explícitamente con el nombre de “socialistas”, la Unión Socialista y el Partido Obrero Socialista Francisco Bilbao, sus integrantes incluían tanto antiguos demócratas como mutualistas y anarquistas⁸¹. Entre los redactores políticos de *El Proletario*, órgano oficial de la Unión Socialista (rebautizada en diciembre de 1897 como Partido Socialista de Chile), se destacan Luis Olea, Magno Espinoza y Alejandro Escobar y Carvallo, posteriormente más vinculados al anarquismo que al socialismo propiamente tal⁸². Pese a ello, no es insignificante que el concepto comenzase en esos años a tomar mayor difusión, y

⁷⁸ La organización de la Liga de Sociedades Obreras es cubierta por *El Nacional*, 17, 24 y 28 de diciembre de 1895, 23 de enero de 1896, y por los 20 números de *El Obrero*, 1° de febrero a 15 de abril de 1896.

⁷⁹ La frase sobre el “amanecer socialista” corresponde al título que da Ramírez Necochea al capítulo pertinente de su *Historia del movimiento obrero en Chile*. La frase entrecomillada pertenece a Sergio Grez, *La “cuestión social” en Chile*, 38 y nota 107.

⁸⁰ Ramírez Necochea, *op. cit.*, 217-226.

⁸¹ Ramírez Necochea, *op. cit.*, 225-245.

⁸² Algunos de estos escritos han sido reproducidos por Eduardo Devés y Carlos Díaz en *El pensamiento socialista en Chile. Antología 1893-1933*, Santiago 1987, 35-48.

que se organizaran colectividades partidistas dispuestas a adoptarlo como enseñanza. Aunque se estaba lejos todavía de la fundación de un Partido Obrero Socialista como el de Recabarren, el camino al menos parecía quedar abierto.

En Tarapacá, sin embargo, nada de esto tuvo mayor repercusión. Es verdad que uno de los primeros textos en que, al decir de los historiadores, los conceptos "socialismo" y "socialista" se emplearon "de manera sistemática y en su acepción actual"⁸³—el artículo "El catolicismo y el socialismo" de Víctor José Arellano— apareció en el periódico iquiqueño *El Jornal* antes de su publicación definitiva como folleto en Valparaíso, en mayo de 1893⁸⁴. Este, sin embargo, era un periódico balmacedista, como lo fue también el propio Arellano durante toda su carrera política (habría incluso llegado a ser Gobernador de Tocopilla), no obstante que su escrito de 1896 *El capital y el trabajo* volviese a exhibir una evidente familiaridad con el pensamiento socialista⁸⁵. Otro nexo curioso entre el socialismo naciente y la provincia de Tarapacá fue la correspondencia sostenida en 1897 entre Luis Olea, a la sazón dirigente de la Asociación Fraternal Obrera de Santiago y definido por Ramírez Necochea como "francamente socialista", e incluso "marxista", y el periodista David Acosta, domiciliado largos años en Iquique⁸⁶. Durante su estadía en dicha ciudad, Acosta efectivamente había mostrado simpatías por el mutualismo e interés por las cuestiones obreras, lo que entre otras cosas le valió ser nominado por la Intendencia para integrar la comisión que procuró arbitrar la huelga de 1890⁸⁷. De igual forma, a su regreso en Santiago a comienzos de 1897 escribía al Presidente de la República ofreciéndose para organizar un salón de lectura nocturna en la Biblioteca Nacional para que los artesanos "se ilustren en los diversos ramos de las artes e industrias manuales y mecánicas"⁸⁸. Como Víctor Arellano, sin embargo, Acosta fue

⁸³ Las palabras son de Devés y Díaz, *op. cit.*, 19.

⁸⁴ Este hecho ha sido consignado por la mayoría de los autores interesados en el tema, como Ramírez Necochea, *op. cit.*, 224-5 (aunque él no hace alusión a la publicación iquiqueña); Grez, *La "cuestión social" en Chile*, 38; Subercaseaux, *op. cit.*, 222-223; Heise (I), 217-218. Devés y Díaz reproducen el artículo íntegro entre las páginas 21 y 27 de su antología.

⁸⁵ Este segundo texto ha sido reproducido parcialmente por Devés y Díaz, *op. cit.*, 27-32, e íntegramente por Grez, *La "cuestión social" en Chile*, 437-455. La militancia balmacedista de Arellano ha sido establecida por Vial, *op. cit.*, vol. I, tomo II, 544-545; y especialmente el vol. II, 103-104, en que se relata que al término de la Guerra Civil fue perseguido por los congresistas, para reaparecer posteriormente en la prensa liberal-democrática. Reconociendo también esa militancia, Subercaseaux, de quien se ha obtenido la información sobre el desempeño de Arellano en Tocopilla, agrega por su parte que "no hay indicios de que Arellano haya estado vinculado a los partidos populares de la década", interpretando su interés por el socialismo como señal de que "en los sectores liberales y librepensadores de entonces las ideas socialistas eran percibidas con menos temor y prejuicios que hoy en día"; *op. cit.*, 222-224.

⁸⁶ Ramírez Necochea, *op. cit.*, 228.

⁸⁷ Ramírez Necochea, *op. cit.*, 298-299; *El Nacional*, 12 de abril de 1890.

⁸⁸ *El Liberal Democrático* (Iquique), 4 de enero de 1897.

siempre balmacedista, y no parece haber tenido contactos de ningún tipo –salvo el epistolar indicado más arriba– con agrupaciones de orientación socialista⁸⁹.

Así, la impresión general es que “el amanecer del socialismo chileno” no tuvo una presencia muy marcada en las provincias del salitre. El propio Ramírez Necochea, al explicar el fracaso del efímero Partido Socialista de 1898 en su presunto afán de convertirse en partido de masas, señala como uno de los principales motivos su incapacidad para aglutinar “a la clase obrera propiamente hablando, sobre todo al sector más cohesionado de ella como era el proletariado nortino”⁹⁰. Otro indicador en igual sentido es el silencio casi absoluto que rodea al tema en la prensa regional “burguesa” de los noventa, sugiriendo que la amenaza socialista aún no se percibía allí claramente como tal. Hay, es verdad, algunas excepciones de interés, cuya extrema ocasionalidad termina por confirmar la impresión inicial. En el plano discursivo, por ejemplo, junto a los numerosos y hasta cierto punto tradicionales pronunciamientos de los dirigentes obreros en favor de las asociaciones de clase, e incluso de la lucha contra el capital, comienzan sutilmente a deslizarse algunas frases más políticamente “socializantes”. En 1892, al inaugurarse en Iquique una cooperativa de ventas bautizada como “Sociedad Mercantil de Obreros”, su Vicepresidente, Antonio Gárate, no vaciló en calificar la iniciativa, “una de las primeras en su género en los pueblos de la América meridional”, como una verdadera “revolución social”. En otro pasaje agregaba que “Nada (es) más bello, más sublime, que la aspiración universal: la libertad, la libertad obtenida en sentido práctico que haga efectiva la emancipación de las clases sociales, según el círculo en que giran y las facultades morales y materiales que deben acompañarlas para llegar al fin que la sociedad humana se ha propuesto”. Y concluía, tras una referencia explícitamente condenatoria hacia los que “sin conmiseración, explotan a la clase obrera”, exhortando a sus compañeros a unirse tras la divisa del trabajo y la honradez,

...que el porvenir será nuestro, si la convicción de poseerlo es firme, y si el éxito corona nuestros esfuerzos habremos conquistado un recuerdo en las páginas de la historia, pues no sólo merecen esa honra los que por defender un principio político vierten sangre en los campos de batalla, sino que también alcanzan gloria imperecedera los que, sin más apoyo que la unión ni más armas que sus justos deseos, luchan en el inmenso campo del trabajo por el adelanto y el bienestar de las clases desvalidas.⁹¹

⁸⁹ Así, la crónica de *El Liberal Democrático*, señalada en la nota anterior, lo identifica como “correligionario”. En 1890, por otra parte, Acosta aparece como orador en actos electorales balmacedistas, *El Nacional*, 12 de noviembre de 1890.

⁹⁰ Ramírez Necochea, *op. cit.*, 236-237.

⁹¹ *El Nacional*, 17 de abril de 1892.

Las expresiones de esta naturaleza fueron haciéndose progresivamente más comunes en la sociedad tarapaqueña de los 90, pero es de notar que ellas, y otras de sentido análogo, en ningún momento emplean en forma explícita la palabra "socialismo", ni llaman a organizarse *políticamente* en torno a tales principios. De las muchas instituciones obreras y populares que se formaron durante esa década, sólo una, la Sociedad Internacional Republicana de Socorros Mutuos "Giuseppe Mazzini", aparece identificada explícitamente como socialista. Era ésta una asociación fundada en junio de 1892 por ocho "entusiastas obreros italianos" luego de celebrar "el 87º aniversario del nacimiento de esa gran república", y cuyo principal objetivo se definió como el de "trabajar por el adelanto del pueblo". Abandonando su inicial perfil italiano, a comienzos de 1895 se reconstituyó como sociedad "internacional", lo que le valió cuadruplicar el número de asociados y expandirse más rápidamente hacia otras localidades portuarias y de la pampa⁹². Aunque su denominación la señalaba como una entidad "republicana", ya en mayo de 1896 la "Giuseppe Mazzini" aparecía convocando a las demás instituciones obreras de Iquique a embanderar sus locales en conmemoración del 1º de Mayo, "Fiesta del Trabajo que tan celebrada es en Europa por los socialistas de todas las naciones"⁹³. Pocos meses después, esa misma orientación llevó a un número de socios chilenos —entre quienes se contaba el ya mencionado demócrata y mutualista Federico González— a retirarse de la institución y formar otra, bautizada como Sociedad Manuel Rodríguez, que no se identificase "con los principios socialistas de la que han abandonado"⁹⁴. Sin desanimarse por tal defección, en marzo de 1897 la directiva de la "Giuseppe Mazzini" saludaba el nacimiento de una nueva sociedad femenina que, en su opinión, venía a ser "un valioso sostén, un órgano poderoso de propaganda del más grandioso de los ideales, El Socialismo"⁹⁵. Después de esto, sin embargo, las fuentes consultadas no vuelven a nombrar ni a la "Giuseppe Mazzini" ni a sus profesiones de fe socialista.

La inusual desinhibición de esta entidad para alinearse públicamente junto a un concepto que en el Chile de los 90 aún suscitaba fuertes recelos oligár-

⁹² Hay una breve reseña histórica de la Sociedad "Giuseppe Mazzini" en *El Obrero*, 22 de febrero de 1896.

⁹³ *El Nacional*, 2 de mayo de 1896. Es interesante señalar que esa fecha no se comenzó a conmemorar en forma estable y masiva en Chile hasta comienzos de la década de 1900, según las investigaciones de Mario Garcés y Pedro Milos. Referencias de *El Nacional* de 1894 y 1899, en que se reitera el carácter "socialista" de la tradición —aunque también se celebraba entre los anarquistas, cf. De Shazo, *op. cit.*, 133—, sugieren que tampoco era habitual que ella se conmemorase en Tarapacá. En esta ocasión, sin embargo, las sociedades iquiqueñas sí acogieron el llamado de la Giuseppe Mazzini. Se agradece en este aspecto la información brindada por Miguel Urrutia.

⁹⁴ *El Nacional*, 28 de agosto, 4, 11 y 22 de septiembre, 22 de diciembre de 1896.

⁹⁵ *El Nacional*, 25 de marzo de 1897.

quicos, pudo estar relacionada con la nacionalidad de sus fundadores y principales conductores, más familiarizados con el debate político que por entonces comenzaba a prevalecer en Europa. En ese sentido, resulta muy sugerente que la única de las entidades chilenas revisadas que en algún momento expresó similares inclinaciones fuese una sociedad femenina, la Protectora Internacional de Señoras. En rigor, más que la sociedad en sí fue una de sus dirigentas, Rosa Ismenia Varas, quien en una o dos ocasiones hizo pública su admiración por el socialismo. Así por ejemplo, al celebrarse en 1897 el cuarto aniversario de la sociedad, manifestó en un discurso que la "base de su labor y el secreto de su alborozo emanaba de una santa palabra...: el socialismo". No se trataba, por cierto, de un socialismo que buscase subvertir el orden constituido:

Sí, socialismo, que no significa lucha de clase, horrores y exterminio, como algunos espíritus retrógrados quisieran hacernos creer; sino adelanto, progreso, amor a todo lo bello, grande, noble, sublime, abolición de todos los peligros y de toda la casta, olvido de toda la injusticia, cooperación común basada sobre la gran masa cristiana. Uno para todos o todos para uno.

Y concluía llamando a los demás asistentes a la ceremonia a gritar "¡Viva el Socialismo! ¡Viva la fraternidad universal!"⁹⁶

Algunos meses después, al celebrarse el aniversario de otra sociedad obrera de la ciudad, Rosa Ismenia Varas aprovechó su condición de representante oficial de su institución para insistir en sus conceptos, en un discurso que fue "muy aplaudido":

De aquí, señoras y señores, lo bello y sublime del verdadero socialismo, de lo que significa esta gran palabra tantas veces mal interpretada. Muchos lo han dicho bajo la inspiración de ideas pequeñas y de menguadas miras, que el socialismo significa conspiración de principios nuevos encaminados a derrocar los viejos principios. Y no ha faltado quien tratándose de la misión delicada y noble de nuestras instituciones, de nuestras sociedades, dijera que aquél era también el objeto de ella; pero bien sabéis vosotros, como lo sabéis también vosotras, que ése es un temerario e injusto juicio —¡humano al fin!— El bien del progreso, en general y del compañero, del consocio en especial, he ahí vuestro objeto, he ahí el verdadero anhelo de vuestros principios, he ahí, señores, el verdadero socialismo.⁹⁷

Pero incluso este socialismo "pacífico" predicado por la dirigente de la Protectora Internacional de Señoras no encontró mayor eco en el ambiente tarapaqueño, o al menos así lo sugiere la ausencia absoluta de otras referencias

⁹⁶ *El Nacional*, 20 de julio de 1897.

⁹⁷ *El Nacional*, 23 de noviembre de 1897.

concretas al fenómeno durante la década en estudio. Es verdad que la proliferación de huelgas que entonces se apoderó de la región llevó ocasionalmente a sectores de la clase dirigente a pronunciar siniestros pronósticos sobre agitadores que buscaban "seguir desarrollando huelgas y conmociones con fines exclusivamente políticos y sediciosos"⁹⁸. Hacia comienzos de 1895, por ejemplo, los industriales salitreros atribuían el origen de varios conflictos suscitados en las oficinas en meses anteriores a la actuación de "promotores de desorden", que a través de "una propaganda tan activa como sostenida contra el orden y marcha regular de las relaciones entre empresarios y patrones, sin razón alguna que la justifique", perturbaban las labores de esa estratégica industria⁹⁹. Las denuncias, sin embargo, no hacían mención alguna de agitaciones de tipo ideológico, ni mucho menos socialista. Un escrito literario publicado en Iquique por ese mismo tiempo, con el objeto de dar a conocer los males de la condición obrera, recogía explícitamente la efervescencia social que se vivía en las salitreras, así como el ensañamiento que iban cobrando las luchas entre el capital y el trabajo, pero tampoco asociaba a dichas expresiones ningún esbozo de socialismo¹⁰⁰. Antes bien, las únicas herramientas organizativas que sus personajes populares parecían concebir como vehículo de defensa de sus intereses eran las cajas de ahorros, las sociedades cooperativas y las sociedades de socorros mutuos, todas ellas bastante alejadas de una propuesta política o subversiva. En defensa de tal opción, un dirigente obrero llegaba incluso a afirmar en un pasaje de la historia que "hoy por hoy, ni mañana, ni nunca, mientras existan leyes y derechos que amparen y protejan la propiedad, que es el más sagrado de los derechos, no debemos ni podemos valernos de otras armas para combatir a nuestros enemigos"¹⁰¹.

Muy parecidas son las apreciaciones de un viajero francés que recorrió las pampas tarapaqueñas ese mismo año de 1895, y uno de cuyos entrevistados fue el alemán Guillermo Brandt, administrador de la oficina *Rosario de Huara*. Interrogado acerca de los factores que impedían que la agitación obrera alcanzara niveles aún más agudos, Brandt habría respondido que "los socialistas, comu-

⁹⁸ *El Nacional*, 8 de junio de 1894.

⁹⁹ La denuncia fue motivada por huelgas y desórdenes producidos en varias oficinas salitreras, y muy particularmente en el cantón Lagunas, tema que ha sido tratado en más detalle en mi artículo "Rebeldes pampinos...", *op. cit.* Esto dio lugar a un preocupado editorial nada menos que en *El Ferrocarril*, de Santiago, 14 de marzo de 1895.

¹⁰⁰ Se trata de una especie de novela corta publicada por el periodista Mariano Martínez en 1895 a través de la imprenta del periódico balmacedista *El Jornal*, y titulada *La vida en la pampa. Historia de un esclavo*. Se denunciaba allí ácidamente la degradación moral del "roto chileno" en las pampas salitreras, pero también la abusiva explotación de que lo estaban haciendo objeto los señores salitreros.

¹⁰¹ *Ibid.*, 21.

nistas o anarquistas –pues no sabría distinguir unos de otros– no han propagado aún sus doctrinas en la pampa. Nuestra parroquia no conoce estos frailes predicadores”¹⁰². Considerando que este mismo autor atribuía al empresariado extranjero tarapaqueño una indiferencia por lo político que sólo se conmovía ante la palabra “socialismo” –la que les hacía “saltar como un sacrilegio cometido contra el dios al cual adoran”¹⁰³–, no parece excesivamente aventurado confiar en la sensibilidad que al respecto debe haber tenido uno de sus principales representantes. Así, todos los testimonios parecen coincidir en que antes del cambio de siglo el socialismo fue un fenómeno casi inexistente en la región de Tarapacá.

¿Fue mejor la suerte corrida por la otra gran corriente política obrera de orientación revolucionaria, el anarquismo? A juzgar por las palabras del salitrero Guillermo Brandt parecería que no, aunque a este respecto debe tenerse presente la conocida reticencia de los anarquistas a separar su actuación política de la más estrictamente reivindicativa o sindical. Muy sugerente resulta en tal sentido la fundación, en julio de 1892, de la Gran Unión Marítima de Iquique, entidad gremial destinada a aglutinar a los trabajadores portuarios de la localidad. Un manifiesto difundido a modo de convocatoria bajo la firma de Amador Carvajal contenía expresiones inusitadamente hostiles hacia el capital, más cercanas al lenguaje anarquista que al más “respetuoso” y conciliador que caracterizaba a los mutualistas o los demócratas. Justificando la necesidad de unirse en una organización, Carvajal denunciaba:

Los Salitreros y dueños de minas y todos los hombres ricos en general, buscan el medio de mejorar y aumentar sus fortunas, a ellos no les importa que para lograr lo que ambicionan tengamos nosotros que perecer de hambre, mil de trabajadores y sus familias, Ellos no se fijan en los medios que tenemos que emplear para subsistir y para ellos somos conciderados como unas bestias de carga y que estamos obligados por la miseria y escases de recursos, a soportar la odiosa esclavitud que nos impone el ambicioso Capitalista y abusando de nuestra triste situación, Pero entre nosotros debemos buscar los medios de liberarnos de esa clace de langostas que nos chupan la sangre, que es el orgulloso Capitalista, y los medios de que nos valdremos para salvar nuestra situación es el Siguiente: Formémonos y unámonos para dar Protección al trabajo que estando unidos seremos fuertes. Nosotros reglamentaremos nuestras faenas y dejaremos de vivir esclavizados.¹⁰⁴

¹⁰² André Bellessort, *La jeune Amérique (Chili et Bolivie)*, París 1897, p.144.

¹⁰³ *Ibid.*, 68-69.

¹⁰⁴ Extraído de las Actas de la Gran Unión Marítima de Iquique, documentos gentilmente facilitado por Sergio González Miranda.

El énfasis en la lucha entre capital y trabajo, además del llamado a formar organizaciones obreras autónomas con un sentido más que implícito de resistencia, eran rasgos que, como lo señala correctamente un estudio reciente sobre el tema, resultaban muy propios del anarquismo de orientación sindicalista¹⁰⁵. Por lo demás, el nacimiento de la Gran Unión Marítima de Iquique formó parte de una verdadera explosión organizativa que, partiendo desde Valparaíso, dio lugar durante 1892 a una serie de "Uniones de Protección al Trabajo" con especial presencia entre los trabajadores marítimos. El inspirador de estas asociaciones, hasta cierto punto precursoras de las más conocidas "sociedades de resistencia", fue el dirigente radicado en Valparaíso, Carlos Jorquera, con quien Carvajal sostenía correspondencia y a quien la unión iquiqueña reconoció explícitamente como modelo¹⁰⁶. Según sus propias declaraciones, Jorquera había recogido la idea de formar uniones de protección al trabajo durante sus viajes por Inglaterra, Australia y Estados Unidos, y aunque Ramírez Necochea lo identifica como dirigente demócrata (atribuyéndole incluso la calidad de director de la Agrupación Democrática de Valparaíso), Míguez y Vivanco estiman su accionar como mucho más cercano a los patrones anarquistas. De hecho, las Uniones Marítimas de Valparaíso e Iquique se ligaron formalmente a entidades similares en el Callao y San Francisco de California, e incluso a la Liga Marítima Internacional, que esos autores designan como "de inspiración anarquista"¹⁰⁷. De esta forma, tanto el modelo organizacional como el lenguaje utilizado por la naciente entidad iquiqueña tenderían a ratificar su inclusión en dicho campo.

Otro indicador en tal sentido es la importancia que la Gran Unión Marítima de Iquique le confirió al instrumento de la huelga. Ya en su manifiesto fundacional, Carvajal exhortaba a sus compañeros a que "el día que no se nos pague como es justo nuestro trabajo, lo suspenderemos y nos retiraremos tranquilos a nuestras casas y sufriremos nuestras miserias que 'Dios' no ha de faltar", haciendo además una referencia explícita a la huelga de 1890, en que "el hambre y la miseria" habían sido aplacados con "balas y bayonetas, prisiones y cárceles". En un terreno más práctico, desde comienzos de 1893 la Gran Unión Marítima se puso a la cabeza de una serie de paralizaciones portuarias que hicieron de ese sector laboral, como ya lo había sido antes, uno de los más con-

¹⁰⁵ Míguez y Vivanco, *op. cit.*, 104.

¹⁰⁶ Actas de la Gran Unión Marítima de Iquique, *op. cit.*, varias cartas, recortes de prensa y menciones en sesiones, como la del 2 de octubre de 1892, en que Carvajal pidió "un hurra por el Sr. Carlos Jorquera".

¹⁰⁷ Ramírez Necochea, *op. cit.*, 261-264; Míguez y Vivanco, *op. cit.*, 102-105; panfletos impresos por Jorquera en la imprenta de *El Pueblo*, de Valparaíso, e incluidos en las Actas de la Gran Unión Marítima de Iquique.

flictivos de la década. Una de las más prolongadas fue la que afectó a Iquique durante enero y febrero de 1893 con motivo de una rebaja en los jornales y la negativa de los comerciantes a reconocer a la Gran Unión Marítima el derecho a reservar las faenas exclusivamente para sus asociados, cabiéndole en ella a Carvajal desempeñar un papel protagónico¹⁰⁸. Otra suscitada en febrero y marzo de 1898 por una nueva rebaja salarial –y ya sin la conducción de Carvajal– provocó fuertes censuras en la prensa de elite: “Basta ya de huelga y de absurdas resistencias a la ley necesaria del trabajo, buenos y esforzados obreros; desoid el mal consejo de vuestros insensatos cabecillas que son los zánganos de vuestra colmena”¹⁰⁹. Sin lugar a dudas, todo esto guarda una muy estrecha semejanza con las movilizaciones de inspiración anarquista que se hicieron tan frecuentes a partir del cambio de siglo, y que precisamente encontraron uno de sus principales epicentros entre los trabajadores portuarios.

Y sin embargo, no todas las circunstancias que rodearon la vida de la Gran Unión Marítima de Iquique se prestan para inferencias tan automáticas. Para comenzar, el propio manifiesto fundacional de 1892 hacía una referencia muy poco anarquista a los trabajadores convocados como “amantes de nuestra patria”, concepto repetido por la prensa oligárquica –la misma que denunciaba su participación en las huelgas– al asegurar, con motivo del primer aniversario de la entidad, que su “única divisa es la protección mutua y el bien de la patria”; y por el propio secretario de la sociedad en un discurso de 1897 en que califica a la clase obrera como “esos ciudadanos que sin alardear de patriotismo son los que en los campos de batalla siegan los mejores y más abundantes laureles para ornar la frente augusta de la Patria”¹¹⁰. De igual forma, fue muy frecuente que para las huelgas que protagonizó se solicitara y valorara reiterativamente la mediación de las autoridades, otro rasgo muy ajeno a las tradiciones anarquistas. El propio Amador Carvajal, y no obstante la radicalidad de su lenguaje en manifiestos y actas de sesiones, era socio fundador de la pacífica Sociedad Internacional de Artesanos y Socorros Mutuos, en cuyo local transcurrieron los primeros meses de vida de la Gran Unión Marítima; y llegó por otra parte a presentarse como candidato independiente –sin mayor éxito– en las elecciones municipales de 1894 y 1897¹¹¹.

¹⁰⁸ *El Nacional*, 3, 4, 5, 6, 8 y 12 de enero, 11, 12, 16, 18, 19, 21, 22, 23, 24, 25 y 26 de febrero, 1º, 2 y 4 de marzo de 1893.

¹⁰⁹ *El Nacional*, 20 de marzo de 1898.

¹¹⁰ Las dos últimas referencias son de *El Nacional*, 27 de julio de 1893 y 9 de noviembre de 1897.

¹¹¹ Julio Pinto, “En el camino de la Mancomunal...”, *op. cit.*; *El Nacional*, 6 de marzo de 1894 y 21 de febrero de 1897.

La confusión sobre las inclinaciones políticas de la Gran Unión Marítima tiende incluso a aumentar cuando se considera que su "escudo de armas" combinaba el gorro frigio de "la luz republicana" con la locomotora ("que signifique la industria terrestre"), el ancla marina, y símbolos abiertamente ligados a la masonería como el compás y la escuadra ("que signifique la marcha recta de la Sociedad")¹¹². Por su parte, *El Obrero*, de 1896, identificaba a los socios fundadores como "campeones de la democracia", lo que podría sugerir una cierta cercanía con esa denominación partidista¹¹³. En suma, si bien en sus inicios esta entidad pudo tener alguna vinculación con influencias de corte anarquista —personificadas en su homóloga de Valparaíso—, su historia posterior exhibe todo ese eclecticismo y abigarramiento ideológico que ya se ha señalado para el "movimiento obrero" de los 90 en general. Esto es tal vez lo que llevó a Míguez y Vivanco a afirmar, en relación a todo Chile, que las uniones marítimas "sufrieron a poco andar una regresión a la situación de mutuales", pese a lo cual debe reconocérseles el mérito de haber sentado "las bases de un trabajo portuario que en la primera década del siglo siguiente será hegemónico por ácratas"¹¹⁴.

¿Existe algún otro indicio que permita hablar de un anarquismo tarapaqueño anterior a 1900? Los ya citados Míguez y Vivanco apuntan a ese respecto que Iquique fue refugio del anarquista español Manuel Chinchilla, llegado al país "luego del fracaso de una rebelión cantonalista en Andalucía y Valencia"¹¹⁵. La indagación en fuentes locales, sin embargo, sólo revela a Chinchilla como copropietario de uno de los dos almacenes de abarrotes más grandes de la ciudad, y que pese a figurar como avisador en *El Obrero* y haber tenido una postura más bien contemporizadora hacia los huelguistas portuarios de 1893 (cuando le correspondió integrar la delegación negociadora patronal), no parece haber retomado públicamente su militancia luego de radicarse en Tarapacá¹¹⁶. Otro anarquista mencionado por esos autores es el peruano Mario Centore, a quien sindicaron como fundador del periódico *La Voz de Abajo*, de Huara, "primer portador de la lucha proletaria minera", en diciembre de

¹¹² Actas de Sesiones, sesión del 11 de septiembre de 1892. Gonzalo Vial hace alusión a la influencia masónica sobre la sociabilidad popular de la época a través de "logias obreras", *op. cit.*, vol. I, tomo II, 853.

¹¹³ *El Obrero*, 26 de febrero de 1896.

¹¹⁴ Míguez y Vivanco, *op. cit.*, 105.

¹¹⁵ *Ibid.*, 97.

¹¹⁶ Las patentes municipales de Iquique sitúan a la razón comercial Chinchilla Hermanos como una de las más altamente capitalizadas de la provincia, excepción hecha de los bancos y las compañías salitreras. Durante el conflicto marítimo de 1893 Chinchilla reconoció el derecho a huelga de los portuarios, aun cuando actuaba en representación de los intereses de las casas de comercio, *El Nacional*, 18 de febrero de 1893.

1897¹¹⁷. Esta investigación tampoco ha logrado encontrar dicho periódico, ni recoger otra referencia relativa a Centore en la documentación regional que una de *El Obrero* de comienzos de 1896, en que lo identifica como redactor de *La Semana*, de Antofagasta, periódico también consagrado a “educar, o mejor dirigir a los hijos del trabajo”¹¹⁸. Por último, el ya varias veces mencionado periódico balmacedista *El Jornal* publicó en 1893 un artículo de Kropotkin, “La cuestión social (a los proletarios)”, pero sin extraer de él conclusión alguna¹¹⁹. Se estaba aún bastante lejos, a todas luces, de la radicalización que según Gonzalo Vial afectó al anarquismo al trasladarse al norte salitrero, “cuando ya no lo aplicaron pequeños y pacíficos grupos artesanales, relativamente prósperos, sino la revoltosa y agobiada masa humana del caliche”¹²⁰.

Así, ni demócratas, ni socialistas ni anarquistas parecen haber tenido mayor eco en las jornadas populares tarapaqueñas de los 90, pese a ser esa una década, como se ha dicho, de ingente acción organizacional y reivindicativa. Si bien las sociedades obreras multiplicaron sus números y ámbitos de intervención, al mismo tiempo que las expresiones de rebeldía obrera tomaban un giro cada vez más sistemático y confrontacional, lo señalado hasta aquí indicaría que el campo de la política aún no se percibía como uno en que valiera la pena incursionar. Esta, sin embargo, es una verdad sólo parcial, que sólo se advierte en relación a las expresiones que este trabajo ha denominado con el calificativo de “autónomas”. Porque si se mira hacia ese otro mundo político, ése que era a la vez tradicional pero que el régimen parlamentario había potenciado en un grado que no tenía precedentes, el cuadro que emerge resulta muy diferente. A final de cuentas, en la Tarapacá de los 90 sí hubo una experiencia de politización popular, pero que transitó por caminos bastante alejados de los considerados hasta aquí.

3. LA SORPRENDENTE POLITIZACIÓN “DESDE ARRIBA”

Como se dijo en la primera parte de este estudio, la Ley de Elecciones de 1890 y el desenlace de la Guerra Civil de 1891 otorgaron al acto de sufragar una proyección política sin precedentes. Por primera vez en Chile la generación de los poderes públicos pasó a depender *realmente* de los votos y la capacidad de los partidos para movilizar un electorado, situación que antes había

¹¹⁷ Míguez y Vivanco, *op. cit.*, 107.

¹¹⁸ *El Obrero*, 22 de febrero de 1896.

¹¹⁹ *El Jornal*, 3 de agosto de 1893. La publicación también es señalada por Míguez y Vivanco, *op. cit.*, 101; y Ramírez Necochea, *op. cit.*, 238.

¹²⁰ Vial, *op. cit.*, vol. I, tomo II, 866-867.

¹²¹ Vial, *op. cit.*, vol. II, 87.

neutralizado el sufragio censitario y sobre todo la intervención presidencial. Lo que la época conoció como "libertad electoral" no se tradujo, desde luego, en una democratización efectiva o inmediata de la vida política, pero sí hizo de lo que Vial denomina "el manejo práctico de los sufragios" la cuestión política fundamental¹²¹. En palabras de Julio Heise, "Nuestros hombres dirigentes... comprendieron desde un comienzo que la extensión del sufragio no era lo más decisivo. Mucho más importante era la técnica de organizar, dirigir y financiar una elección"¹²². Con todo, esta estrategia suponía la existencia de un electorado que manipular, lo que indudablemente modificaba en forma sustancial los términos del debate. Aunque sólo fuese en potencia, lo que el propio Heise ha denominado el "poder electoral" pasaba a ubicarse junto a los poderes tradicionales como uno de los referentes fundamentales del quehacer político¹²³.

Puesto que la ley referida hacía de los municipios el elemento clave en la realización de las elecciones, la nueva situación derivó rápidamente en lo que llegó a conocerse como "caciquismo electoral", o el manejo de la opinión política por los personajes más influyentes a nivel local¹²⁴. En las todavía mayoritarias regiones rurales, esto se tradujo en el control de los votos por quienes tradicionalmente habían hegemonizado dicha sociedad: patrones de fundo, curas párrocos, prestamistas informales y cabezas de redes familiares o clientelas. En una región como Tarapacá, sin embargo, donde el poblamiento era reciente e inestable, los lazos paternalistas muy tenues, y los empleadores casi siempre extranjeros y poco interesados en la política nacional, esta forma de caciquismo no tuvo mucha oportunidad para echar raíz. Pese a ello, el potencial electoral de la provincia no era despreciable: según el censo de 1895, su índice de masculinidad ascendía casi a 145 hombres por cada 100 mujeres, siendo la cifra aun mayor entre la población adulta en edad de sufragar. Más importante aún, su tasa de alfabetismo masculino, considerando sólo la población mayor de cinco años, alcanzaba al 56,69%, muy por encima del promedio nacional¹²⁵. Quien lograra movilizar políticamente aunque fuese a una fracción de esas

¹²² Heise (II), 53-54.

¹²³ De hecho, este autor ha estructurado todo el segundo volumen de su historia del Período Parlamentario en torno a dicho concepto, como lo revela el subtítulo: *Democracia y gobierno representativo en el Período Parlamentario (Historia del poder Electoral)*.

¹²⁴ El tema es analizado por Vial, *op. cit.*, vol. I, tomo II, 586-588; vol. II, 217-219; y analizado más extensamente por Heise (II), Cuarta Parte, Capítulo III. Para una visión distinta ver María Angélica Illanes, "El proyecto comunal en Chile (Fragmentos): 1810-1891", *Historia* N° 27 (1993).

¹²⁵ Oficina Central de Estadística, *Séptimo Censo General de la Población de Chile* (levantado el 28 de noviembre de 1895, Valparaíso 1900).

personas podía abrigar serias aspiraciones de hacerse fuerte en la región, y de allí proyectarse hacia el plano nacional.

En otras partes de Chile este género de circunstancias, propias de una sociedad más urbanizada, fue dando lugar a la masificación de la compra de votos o "cohecho"¹²⁶. En Tarapacá, sin embargo, queda la impresión de que en los primeros años del Período Parlamentario dicha práctica no tuvo tanta difusión. En octubre de 1895, por ejemplo, el periódico radical *El Tarapacá* fustigaba la "culpable indiferencia con que un gran número de individuos asisten a las elecciones y sus actos preparatorios", lo que según sus cálculos habría producido al menos un 50% de abstención en relación al electorado posible de la provincia¹²⁷. Más explícitamente, un redactor del balmacedista *El Jornal* afirmaba un par de años antes que "estaba reservado al varonil, inteligente y entusiasta pueblo de Iquique... reaccionar contra las usuales prácticas electorales" como el fraude, el engaño, el abuso y el cohecho¹²⁸. Por su parte, un periodista francés que recorrió la provincia por ese mismo tiempo, ratificaba la independencia con que "el peón chileno" había asumido sus derechos electorales después de la revolución balmacedista: "como el sistema de la comuna, adoptado por el Congreso, ha redoblado su importancia de ciudadano, él sabe que puede apoyarse sobre aquellos que solicitan su voto"¹²⁹. En otras palabras, el "poder electoral" era algo que no sólo habrían percibido —y eventualmente aprovechado— los partidos políticos o las notabilidades locales, sino también los propios depositarios de tal capacidad.

En una sociedad con las características de la tarapaqueña, por otra parte, esos potenciales electores pertenecían mayoritariamente al mundo trabajador. Un recorrido por las nóminas de inscripción electoral correspondientes a los años 90, donde aparece consignado el oficio de cada votante, revela una presencia abrumadora de artesanos y obreros, muchos de ellos clasificados simplemente como "jornalero", "minero" o "trabajador"¹³⁰. En consecuencia, y sobre todo si se supone una relativa impermeabilidad frente a mecanismos como el cohecho o el caciquismo tradicional, cualquier apelación a ese electorado debía necesariamente contemplar una variable de orden social. Como se ha dicho en otras partes, la década en cuestión fue un período de eclosión para la sociabilidad obrera y la autoafirmación del trabajo frente al capital, como asimismo uno de sostenida penuria económica motivada por la crisis del salitre, el encare-

¹²⁶ Heise (II), 227-241; Vial, *op. cit.*, vol. I, tomo II, 588-590; Millar, *op. cit.*, 278.

¹²⁷ *El Tarapacá*, 13 de octubre de 1895.

¹²⁸ *El Jornal*, 30 de julio de 1893.

¹²⁹ André Bellessort, *op. cit.*, 141-142.

¹³⁰ Estas listas aparecen reproducidas en la prensa local, sobre todo los periódicos de mayor circulación como *El Nacional* o *El Tarapacá*.

cimiento de la vida y el fracaso de la conversión monetaria¹³¹. En tal virtud, una sensibilidad aunque fuese aparente frente a los problemas de la clase obrera podía arrojar más de algún dividendo electoral. Siempre que no desbordara ciertos límites o mecanismos elementales de control, el creciente discurso relativo a la "cuestión social" estaba a disposición de quien lo quisiera utilizar.

La actuación de las principales agrupaciones políticas tarapaqueñas demuestra que esta posibilidad no pasó inadvertida. En rigor, ya antes de la plena instalación de la "libertad electoral" la provincia había asistido a más de algún intento de instrumentalización del voto popular. A escasas semanas de haberse incorporado plenamente al régimen constitucional chileno, una "Asamblea Independiente" que pretendía representar a liberales y radicales "deseosos de que la provincia de Tarapacá... elija sus representantes al Congreso Nacional con la independencia que corresponde a un pueblo libre y laborioso", incluía entre sus organizadores al presidente de la Sociedad de Artesanos y Socorros Mutuos *El Porvenir*, el boticario José Luis Muñoz Font, así como al socio honorario de la misma entidad Daniel Feliú, abogado radical vinculado desde antiguo al movimiento mutualista¹³². Por lo demás, como se vio, esta aparente concomitancia llevó a un grupo de socios, encabezados por el futuro dirigente demócrata José 2º Leiva, a abandonar la sociedad bajo la acusación de que ella no tendía "sino a fines puramente políticos, escudando sus propósitos con el nombre de sociedad de artesanos"¹³³.

De forma análoga, cuando el Gremio de Jornaleros y Lancheros de Iquique desencadenó la gran huelga de 1890 no faltaron quienes vieran en tal acción una mera maniobra distractora del Presidente Balmaceda, el que abrumado por la lucha política que comenzaba a paralizar su gobierno habría aprovechado el control estatal sobre el gremio para inducirlo a la paralización. Así, en su editorial del 11 de julio de ese año, el prestigioso *Ferrocarril* afirmaba que "ese movimiento perturbador ha partido de un gremio privilegiado del Estado... administrado y comandado por funcionarios públicos, que, según los datos recibidos, no han dejado un momento de poseer la influencia que les daba su puesto en el ánimo de los individuos del gremio". Por la misma fecha, el dirigente opositor Isidoro Errázuriz aseguraba en la Cámara de Diputados que "los desórdenes de Iquique... han sido promovidos por los agentes de la autoridad", avalados, en su opinión, "por la voz más autorizada del estado".¹³⁴ Y si esto sucedía en épocas menos sensibles a una participación política masiva,

¹³¹ Ver al respecto Vial, *op. cit.*, vol. II, capítulos 3 y 5.

¹³² *El Veintiuno de Mayo*, 17 de diciembre de 1884.

¹³³ *El Veintiuno de Mayo*, 13 de marzo de 1885. Esta situación ha sido tratada con mayor detenimiento en mi artículo "En el camino de la Mancomunal...", *op. cit.*

¹³⁴ Cámara de Diputados, sesión nocturna de 8 de julio de 1890.

hubiese sido extraño que no sucediese otro tanto en pleno ascenso del "poder electoral".

Una colectividad tarapaqueña que se mostró tempranamente receptiva a esta nueva realidad fue el Partido Radical, que según se ha visto ya contaba con alguna experiencia previa. Así, su periódico *El Tarapacá* editorializaba a fines de 1895 sobre la importancia política de la clase obrera, "la más numerosa del país, y la que en ningún caso debía excusar su participación activa en los negocios públicos, puesto que son ellos los que concurren en mayor número a llenar las obligaciones que impone el Estado a sus ciudadanos". Más allá de una mera consideración de reciprocidad, lo que daba fuerza a este razonamiento era la convicción de que "el pueblo es todo, no sólo por los principios eternos de la justicia y la equidad, sino también por las disposiciones explícitas y terminantes de la Carta Fundamental del Estado. Es él quien gobierna y manda por medio de sus delegados". Y si ello no se verificaba realmente en la práctica, era porque la indiferencia electoral "convierte en comedia ridícula el derecho fundamental de la soberanía del pueblo"¹³⁵. En un plano más alejado de lo político, pero muy cercano a lo que podría llamarse "nacionalismo popular", *La Ley*, de Santiago, también radical, publicaba una correspondencia iquiqueña firmada por un anónimo "Pampino", donde se denunciaba apasionadamente

...que la férrea mano de la especulación inglesa, con todo su séquito de administradores, mayordomos y súbditos intransigentes, arbitrarios y despóticos para con el chileno, lo abarca todo; y como si se tratara de subordinar y mandar esclavos, demuestran para con nuestros compatriotas su irascible carácter y ceñuda faz, la índole autocrática del más déspota sultán, y así como en invierno deben poner cara de tigre o de pantera a las mañanas frías del nebuloso Támesis, así también oyen con singular menosprecio y fatua prosopopeya las justísimas y fundadas reclamaciones de nuestro paciente y sufrido trabajador chileno.¹³⁶

Igual sentido de indignación social era el que expresaba *El Pueblo*, de Pisagua, al informar sobre una huelga en la caleta de Junín, lugar donde los jefes "son una especie de reyes, pues no impera más ley que su voluntad y los trabajadores son tratados peor que los inquilinos de las haciendas del sur"¹³⁷. En un tono todavía más beligerante, ese mismo periódico publicaba hacia fines de 1895 una serie de cuatro reportajes titulados "La suerte del calichero", donde se denunciaba sin ningún eufemismo "¡la triste suerte del infeliz trabaja-

¹³⁵ *El Tarapacá*, 13 de octubre de 1895.

¹³⁶ *La Ley*, Santiago), 15 de enero de 1895.

¹³⁷ *El Pueblo*, Pisagua), 29 de noviembre de 1894.

dor que nunca recibe de aquellos que enriquece a costa de cuantos sacrificios, ni una débil muestra de agradecimiento, ni un ápice de consideración!". Considerando que "esos hombres son los principales factores de la rica industria del salitre", parecía particularmente injusta la alternativa entre "el hambre y la esclavitud" a que en la práctica los sometía la "indiferencia glacial" de sus patrones, casi todos extranjeros. En tales circunstancias, no debían extrañar "los desórdenes y las huelgas que de tiempo en tiempo se producen en la pampa... explosión de resentimiento, de odios reconcentrados"¹³⁸. Un partido que exhibía tal preocupación por las penurias del pueblo, y que incluso titulaba uno de sus periódicos en su honor, ciertamente debía hacerse merecedor del apoyo trabajador.

Pero nadie en Tarapacá desarrolló esta estrategia con mayor aplomo y dedicación que el Partido Liberal Democrático, heredero del balmacedismo derrotado en 1891. En referencia tanto a ellos como a los radicales, Heise ha afirmado que

Se procuró atraer a los sectores de clase media y al pueblo atacando a la clase alta y al clero como culpables de la miseria y de la pobreza. La crisis económica que sobrevino a la revolución de 1891 fue particularmente propicia para esta propaganda. El radicalismo y los liberales democráticos eran los redentores de la democracia oprimida por los partidos oligárquicos y por la banca personificados en el conservantismo. Por primera vez —después de la campaña presidencial de Vicuña Mackenna en 1875— radicales y balmacedistas dieron a su propaganda electoral un tono abiertamente popular y demagógico.¹³⁹

Gonzalo Vial, por su parte, sostiene que la recomposición política de los balmacedistas hizo surgir un ala "mediocrática" caracterizada por posturas proteccionistas, estatistas y antioligárquicas que la alejaban bastante de los "viejos tercios liberales" del partido. Como ejemplo específico de tal tendencia "izquierdizante" menciona a Carlos Medina, joven periodista residente en Iquique, quien aparte de escribir para los obreros de esa localidad habría "organizado los gremios laborales de mar y playa" —es decir, los mismos que habían integrado el extinto Gremio de Jornaleros y Lancheros— redactando y publicando para ellos un periódico "netamente balmacedista, *El Jornal*"¹⁴⁰. Y aunque, siempre según Vial, este "neobalmacedismo" hasta cierto punto precursor del populismo alessandrista habría sido derrotado al interior del partido en la convención nacional de noviembre de 1893, no parece absurdo suponer que en una provincia

¹³⁸ *El Pueblo*, Pisagua), 13, 20 y 27 de octubre, 3 de noviembre de 1895.

¹³⁹ Heise (II), 108.

¹⁴⁰ Vial, *op. cit.*, vol. II, 104-107.

fuertemente obrera como Tarapacá se haya decidido mantenerlo vigente mucho más allá de dicha fecha. Un examen más o menos minucioso de la actuación del balmacedismo regional entre 1893 y 1897 –por tanto después de la mencionada convención– sugiere que una hipótesis de esa naturaleza no andaría del todo desencaminada.

La apelación del balmacedismo al mundo popular tarapaqueño parece haberse canalizado al menos en dos grandes planos: por una parte, una estrecha relación de sus militantes más destacados con organizaciones sociales de raigambre popular: mutuales, sociedades de instrucción y otras por el estilo. Por la otra, el desarrollo, sobre todo a través de su prensa partidaria, de un discurso fuertemente “democrático-obrerista”. En relación a lo primero, no es casual que el primer periódico declaradamente balmacedista de la localidad haya nacido a la vida pública bajo la denominación de *El Jornal*, y que haya definido su ideal “hoy y siempre” como “el mejoramiento de la condición económica del obrero, que hasta el presente ha cambiado tan poco o más bien dicho no ha cambiado desde la era colonial por más esfuerzos que en este sentido han hecho los hombres de la familia liberal”¹⁴¹. En un plano más práctico, es notable la presencia recurrente de políticos balmacedistas –que no procedían precisamente del mundo popular– entre los socios y dirigentes de las sociedades obreras. Está el caso, por ejemplo, del periodista y profesor Máximo Urizar, vinculado al mutualismo artesano desde su Valparaíso natal y dirigente de varias sociedades iquiqueñas, como la Protectora de Trabajadores, fundada en 1893. Desde esa posición, fue uno de los principales promotores de la Liga de Sociedades Obreras organizada en Iquique a comienzos de 1896¹⁴². Secretario de la misma Protectora de Trabajadores era el ya mencionado Carlos Medina, fundador de *El Jornal* y sindicado por Gonzalo Vial como “estructurador del liberalismo democrático de Iquique”¹⁴³. Otro caso interesante es el del médico Pedro Guldemont, Presidente de la Sociedad Protectora de Empleados de Tarapacá y socio de la varias veces nombrada Sociedad Internacional de Artesanos y Socorros Mutuos, quien para las elecciones municipales de 1897 resultó electo primer alcalde de la ciudad por la lista liberal democrática¹⁴⁴.

¹⁴¹ *El Jornal*, 12 de junio de 1893.

¹⁴² Hay una breve reseña biográfica de Urizar en *El Liberal Independiente*, 8 de febrero de 1896. También se le nombra entre los organizadores de una mutual iquiqueña en 1883, cf. Julio Pinto V., “En el camino de la Mancomunal...”, *op. cit.* Su presidencia de la Sociedad Protectora de Trabajadores en *El Nacional*, 25 de diciembre de 1894; en la Liga de Sociedades Obreras, *El Nacional*, 17 de diciembre de 1895, 2 de febrero de 1896; *El Obrero*, 1º y 26 de febrero de 1896.

¹⁴³ Vial, *op. cit.*, vol. II, 107; *El Jornal*, 16 de junio de 1893.

¹⁴⁴ *El Nacional*, 3 de octubre de 1895, 22 de diciembre de 1896, 9 de marzo y 4 de mayo de 1897.

También pertenecía a la Internacional de Artesanos el antiguo balmacedista Rodolfo Castro, otro promotor de la Liga de Sociedades Obreras de 1896¹⁴⁵. En 1890 Castro había sido el último "Comandante" nombrado por el gobierno para administrar el Gremio de Jornaleros y Lancheros de Iquique, cuyo protagonismo en la huelga de ese año, como se vio, dio lugar a su disolución como entidad monopólica amparada por el fisco. Pese a ello, al aproximarse las elecciones de 1897 el Partido Liberal Democrático intentó revivir la controvertida asociación, provocando la inmediata reacción en la Cámara de Diputados del representante radical por Tarapacá, David Mac-Iver, receloso de que el Gremio fuese utilizado, como ya habría sucedido antes, con fines de intervención electoral¹⁴⁶. En defensa de la objetada iniciativa, *El Liberal Democrático*, de Iquique, aseguraba que al promoverla sólo había actuado como "portavoz de la gente de trabajo, heraldo de las necesidades populares esperanzadas en que el Congreso de nuestro país no ha de desoir las súplicas de los desgraciados de la patria, aquellos que para mantener a sus familias trabajan sin cesar en las más pesadas tareas"; y concluía advirtiendo:

Los Congresos de Chile han sido formados hasta la fecha por los hombres más pudientes de la República, porque se ha creído que las personas ilustradas son las más apropiadas para tan altos cargos; pero si la experiencia nos demostrase mañana que sólo el pueblo que forma la sociedad media, es el único que cumple con el compromiso sagrado que le debe a sus electores, entonces los congresos serían formados de obreros y la antigua clase dirigente vendría a ocupar un papel secundario en la política del país.¹⁴⁷

Así, por mucho que se insistiera en que la reorganización del Gremio sólo descansaba en consideraciones de orden social (la "protección al peón chileno") y en la falta de trabajo que se venía sintiendo en Iquique producto de la "crisis general por la que atraviesa el país"¹⁴⁸, no era difícil que en su justificación se deslizaran pensamientos más nítidamente políticos. Para los balmacedistas de Tarapacá, como lo sugiere su frecuentación de la sociabilidad obrera, la frontera entre lo social y lo político podía ser muy tenue.

Así lo vuelve a demostrar la segunda línea de acción que desarrollaron en tal sentido, y que, como se señaló más arriba, consistió en la elaboración de un discurso especialmente dirigido a cultivar una audiencia popular. Un análisis de la prensa balmacedista publicada por esos años revela al menos tres grandes

¹⁴⁵ *El Nacional*, 3 de octubre y 17 de diciembre de 1895; *El Obrero*, 1° de febrero de 1896.

¹⁴⁶ *El Heraldo del Norte*, 7, 14 y 31 de diciembre de 1896, 9 de febrero de 1897.

¹⁴⁷ *El Liberal Democrático*, 7 de febrero de 1897.

¹⁴⁸ *El Liberal Democrático*, 6 de diciembre de 1896.

hilos argumentales que convergían en tal dirección, y que para los efectos de la discusión pueden identificarse como la variante “democrática”, la variante “nacionalista-popular”, y la variante propiamente “obrerista”. La segunda y tercera se remitían a temas de orden más estrictamente “social”, denunciando la explotación de que eran objeto los trabajadores de la provincia por parte de sus patrones extranjeros —un blanco retórico menos susceptible de reacción que la oligarquía nacional—, y en general la miseria en que los mantenía la indiferencia de los ricos y los poderosos. Más de alguna vez se llegó incluso a solidarizar con huelgas y otros actos de protesta popular, siempre y cuando, desde luego, no sobrepasasen los límites de lo peligroso¹⁴⁹. Para los efectos específicos de este estudio, sin embargo, parece más pertinente detener el análisis en la primera variante, que era la que apelaba más directamente a la necesidad de que el pueblo trabajador se incorporase a la esfera política. En consecuencia, los párrafos que siguen se abocarán a una rápida revisión de las principales propuestas que ella contenía, así como a un intento de dimensionar sus efectos concretos entre el mundo popular.

La dimensión “democrática” del balmacedismo, inscrita por lo demás en el propio nombre del partido (“liberal-democrático”), se orientaba a hacer realidad el principio del gobierno “del pueblo por el pueblo”, que según *El Jornal* constituía “el hermoso cuanto difícil problema del siglo diez y nueve”¹⁵⁰. “Nacidos al calor de la idea democrática”, decía ese mismo periódico iquiqueño en su declaración programática, “nuestro objeto principal será el perfeccionamiento económico, moral y político de las masas populares llamadas a regir en el mañana los destinos de la patria”¹⁵¹. Lo propio sostenía otro medio balmacedista al afirmar que “Nuestro ideal político es la dignificación y educación de las clases laboriosas para ponerlas en aptitud de participar de la dirección del Estado que ellas forman en su casi totalidad”¹⁵². “La Democracia”, adicionaba *El Jornal* en otra de sus ediciones, “ha ido desarrollándose poco a poco, hasta llegar a ser una entidad político social que las conquistas del progreso moderno proclaman como única capaz y conveniente al gobierno de las naciones”. Afortunadamente, proseguía, “el insensible martilleo del progreso ha llegado hasta el corazón del pueblo chileno y a sus cadenciosos golpes ha sacudido el sopor en que yacía para levantarse redimido, envuelto en las esplendentes galas del

¹⁴⁹ Así por ejemplo, *El Jornal* denunció retrospectivamente la huelga portuaria de enero-febrero de 1893, asegurando haber sido “promovida por ambiciones bastardas de políticos impopulares y sin popularidad”, 6 de julio de 1893, cursiva en el original.

¹⁵⁰ *El Jornal*, 6 de julio de 1893.

¹⁵¹ *El Jornal*, 12 de junio de 1893.

¹⁵² *El Heraldo del Norte*, 23 de noviembre de 1896.

pabellón de la democracia”¹⁵³. Era verdad que las prácticas de la intervención electoral, el fraude y el cohecho habían hasta la fecha desvirtuado ese noble principio, pero se tenía “profunda y sincera fe, de que está reservado al varonil, inteligente y entusiasta pueblo de Iquique, al pueblo obrero y trabajador, al pueblo de libertad y de democracia... dar el bello espectáculo del respeto mutuo a la ley, de la pureza de procedimientos y de la amplia libertad del sufragio”¹⁵⁴. Para obtener tal fin, sólo existía un camino:

¡Que el pueblo se ponga en el lugar que le corresponde! ¡Que lleve a la representación nacional y a todos los ramos del poder público, representantes que encarnen la idea liberal democrática, única fórmula capaz de resolver el gran problema del adelanto político, social y moral de la patria! Si no se obra así; si se continúa en el vergonzoso tráfico de las compraventas de derechos, las clases acomodadas seguirán siendo *per secula seculorum* los directores de la nave del Estado; nave que abandonarán en medio de los escollos para que el abismo devore lo único que ellos dejaron –El esqueleto.¹⁵⁵

El avance del ideal democrático, sin embargo, debía sobreponerse a un gran obstáculo: la “aristocracia”, entronizada en Chile gracias al triunfo congresista de 1891:

La guerra civil promovida por las clases opulentas, produjo la exaltación al poder supremo del país, de todos los más poderosos dueños del capital y de las industrias, colocando en sus manos la dirección de los talleres y las empresas del Estado; de las construcciones nacionales destinadas a comunicar un nuevo desarrollo al territorio con el aumento de la población, el impulso a las riquezas naturales y la planteación de mercados comerciales y centros de producción general, haciéndose, en una palabra, árbitros únicos del porvenir y de la estabilidad presente de las colectividades activas y productoras en que se encarna la fuerza de la acción humana y del trabajo permanente, por tener la administración de la hacienda pública, el ejercicio de la autoridad y la aplicación de las leyes.¹⁵⁶

“Desde que las clases acaudaladas, abrogándose, la representación del pueblo, se convirtieron en clases dirigentes, absorbentes y especuladoras”, se acusaba, “todo ha ido a menos, ...hasta el patriotismo”. Pero no por mucho tiempo

¹⁵³ *El Jornal*, 20 de julio de 1893.

¹⁵⁴ *El Jornal*, 30 de julio de 1893.

¹⁵⁵ *El Jornal*, 9 de agosto de 1893.

¹⁵⁶ Pedro Pablo Figueroa, “Las colectividades laboriosas. Situación actual de la clase obrera nacional y los medios legales y racionales para mejorarla”, publicada en *El Jornal*, 30 de junio, 1º y 6 de julio de 1893.

más: “De uno a otro confín de la República los espíritus conmovidos por... el golpe asestado por la oligarquía triunfante, se agrupan, se animan, se organizan, se disciplinan para librar el gran combate en que uno de los dos combatientes –Aristocracia o Democracia– han de anularse para siempre”¹⁵⁷. Para ello se contaba nada menos que con el ejemplo del “genio más luminoso y perseverante con que haya contado la democracia universal, el Presidente Balmaceda”. “La Democracia chilena se ha agigantado después del martirio sacrosanto del ínclito Balmaceda, y los hombres más pudientes de Chile... han aceptado y reconocido que en esta gran patria no debe haber castas privilegiadas; y que las que existen por razón del dinero o de la familia, deben hermanarse con los de la clase obrera, que es la que compone la casi totalidad del pueblo chileno”¹⁵⁸. En suma, interpelaba un periódico balmacedista al acercarse la elección presidencial de 1896, “de un lado (está) la aristocracia, rodeada de unos cuantos vendidos; del otro, la democracia acompañada del pueblo. ¿Cuál será tu formación?”. Ante lo cual no cabía sino una respuesta:

La del pueblo, en donde están los fieles balmacedistas, los que sucumbirán si es necesario hasta levantar la gloriosa bandera que cayó por la traición en Placilla; los que no olvidarán nunca al Mártir que rindió su vida por el pueblo; los que por fin sólo quieren la felicidad de Chile y de las clases proletarias, que tan desgraciadas son en nuestro país.¹⁵⁹

La identificación que tan taxativamente establecían los balmacedistas tarapaqueños entre el principio democrático y su propio partido, y en especial con la figura de su líder, aunque haya motivado la duda de más de algún historiador actual¹⁶⁰, era un llamado explícito a la movilización política de las clases populares. “Hoy que la revuelta aristócrata y religiosa... ha hecho despertar a los pueblos del marasmo”, expresaba *El Jornal* hacia fines de 1893, “cada obrero es un elemento de progreso con su brazo y un legislador con su inteligencia”¹⁶¹. “Formar convicción política”, reiteraba años después *El Heraldo del Norte* en un artículo vilificadorio del cohecho, “es formar ciudadanos; sobornar la conciencia política es crimen de lesa democracia”¹⁶². “La democra-

¹⁵⁷ *El Jornal*, 10 de agosto de 1893; 15 de julio de 1893.

¹⁵⁸ *El Jornal*, 15 de julio de 1893; *El Liberal Democrático*, 7 de febrero de 1897.

¹⁵⁹ *El Liberal Democrático*, 22 de febrero de 1896.

¹⁶⁰ Heise, por ejemplo, no vacila en calificar la “política antioligárquica de Balmaceda” como “una leyenda”, mientras que Vial expresa que la atribución del “ideario renovador” al difunto presidente es “muy discutible por cierto”; Heise (I), 108-120; Vial, *op. cit.*, vol. II, 106.

¹⁶¹ *El Jornal*, 29 de octubre de 1893.

¹⁶² *El Heraldo del Norte*, 23 de noviembre de 1896.

cia no llegará a ser una institución”, remachaba por su parte el biógrafo y periodista Pedro Pablo Figueroa en una colaboración enviada a sus correligionarios iquiqueños, “mientras no se asocien para establecerla todos los ciudadanos que anhelan la libertad”¹⁶³. Y no se piense que esta apelación sólo miraba al pueblo en su calidad de votante, pues también se le invitaba al ejercicio directo de la soberanía: “El día que representantes salidos del pueblo, que hayan sufrido como nosotros, vayan a los Municipios, al Congreso y a la Presidencia de la República, entonces, y sólo entonces, desaparecerán las plagas que nos azotan”¹⁶⁴. La clase obrera, en otras palabras, debía politizarse no sólo por el poder electoral que le conferían sus números, sino para asumir con sus propias manos las responsabilidades de gobierno. Por el bien de Chile, era ya tiempo de que lo social deviniera finalmente político.

Como para demostrar que tales declaraciones no eran sólo retórica, el balmacedismo tarapaqueño se empeñó también activamente en promover la incorporación a sus filas de militantes obreros. Al reorganizarse localmente después de los años de semiproscricción que le significó su derrota en la guerra civil, su primer directorio incluía entre los catorce consejeros electos al menos a dos representantes de dicha clase: el hojalatero Cruz Salamanca y Enrique Moscoso Flores, que aunque no ha sido posible establecer su oficio es nombrado más de alguna vez en tal calidad¹⁶⁵. En el caso de Salamanca el reconocimiento no terminaba allí. Al presentarse a sus primeras elecciones después de 1891, el Partido Liberal Democrático llevó a su consejero obrero como candidato al gobierno municipal, el que al resultar electo se convirtió, hasta donde se sabe, en el primer regidor obrero en la historia de la localidad. En esa misma elección de 1894, como se recordará, los candidatos demócratas Froilán Aros y Santiago del Campo apenas habían logrado reunir 466 y 405 sufragios respectivamente, en tanto que el “sindicalista” Amador Carvajal ni siquiera superó los cien, a gran distancia de las 1.384 preferencias que acaparó Salamanca¹⁶⁶.

Complacido tal vez por esos resultados, al aproximarse una nueva elección municipal el Partido Liberal Democrático organizó un “Club Social de Obreros José Manuel Balmaceda”, que “al mismo tiempo que estrechara los vínculos sociales, de creencias y de ideas del pueblo de Tarapacá, sirviera de provechosa fuente de ilustración y de progreso para el obrero que en esta provincia vive una vida exótica cuando no de disipaciones”. Al terminar el discurso inaugura-

¹⁶³ *El Jornal*, 6 de julio de 1893.

¹⁶⁴ *El Jornal*, 28 de julio de 1893.

¹⁶⁵ *El Jornal*, 29 de octubre de 1893. Respecto de Moscoso Flores, una crónica de 1896 lo identifica como uno “de los dos obreros que tenemos en el municipio”, cf. *El Liberal Democrático*, 26 de diciembre de 1896.

¹⁶⁶ *El Nacional*, 6 de marzo de 1894.

torio del presidente del partido, doctor Benicio Montenegro, la presentación de una imagen de Balmaceda motivó un “solo y prolongado aplauso, que repercutió en lo más íntimo del alma de cada uno de aquellos abnegados y leales defensores de la doctrina del gran apóstol, (y) que puede traducirse como elocuente y enérgica promesa de continuar en la prolífica obra de conquistar laureles para la causa liberal democrática, a la que se halla ligada la suerte del país”¹⁶⁷.

El evidente afán proselitista de este nuevo “club obrero”, denunciado por más de algún detractor, afloró también en un llamado levemente posterior de otro de sus directores, el trabajador Pedro E. Calderón, “A los Liberales Democráticos y a los obreros en general”: “Consecuentemente... con los principios liberales democráticos y con las aspiraciones de la clase obrera que lo sustenta y a la cual pertenezco”, se comprometía a luchar por que se llevara como candidatos al municipio a “uno o dos obreros... capaces de representar al pueblo”. El llamado fue recogido por el caudillo balmacedista y primer alcalde en ejercicio Arturo del Río, quien aceptó la candidatura del obrero Eduardo Vivanco, otro director del Club José Manuel Balmaceda¹⁶⁸. Como Cruz Salamanca tres años antes, Vivanco ocupó el cuarto lugar en la lista liberal democrática e integró el municipio que gobernó a Iquique hasta 1899¹⁶⁹. Al menos en un nivel simbólico, el balmacedismo tarapaqueño parecía cumplir con su promesa de convertir el discurso democrático en realidad.

¿Hubo alguna respuesta visible de la clase trabajadora frente a semejante abanico de solicitaciones? Si se juzga estrictamente por los resultados electorales, la respuesta parecería ser que sí. En las elecciones parlamentarias de 1894, primeras con participación legal del balmacedismo, su candidato a diputado Manuel Salinas —quien ocupara la Intendencia de la Provincia durante la guerra civil— obtuvo una rotunda primera mayoría de 2.471 sufragios, seguido a la distancia por los 1.137 del radical David Mac-Iver. Asimismo, en las municipales celebradas simultáneamente logró elegir a sus cinco candidatos con mayorías igualmente aplastantes: mientras que el menos votado de los balmacedistas, Wenceslao Cavada, recibía 1.364 preferencias, el no-balmacedista más afortunado, el liberal Antonio Valdés Cuevas, apenas llegó a las 838, seguido por los radicales Rafael Venegas y Pablo Restat, con 746 y 734 respectivamente¹⁷⁰. Se iniciaba así la prolongada hegemonía balmacedista en el gobierno

¹⁶⁷ *El Heraldo del Norte*, 16 de noviembre de 1896.

¹⁶⁸ *El Heraldo del Norte*, 5 de marzo de 1897.

¹⁶⁹ *El Nacional*, 9 de marzo de 1897.

¹⁷⁰ *El Nacional*, 6 de marzo de 1894.

local iquiqueño, cuyo máximo representante, el futuro senador por Tarapacá Arturo del Río, quedaba instalado como primer alcalde de la ciudad¹⁷¹.

Tres años después, la división del Partido Liberal Democrático entre "aliancistas" y "coalicionistas" pudo haber puesto en riesgo el recién logrado predominio. Sin embargo, el resultado de la reñida elección de 1897 favoreció a los dos candidatos balmacedistas rivales a la Cámara de Diputados, Manuel Salinas y Enrique del Campo, dejando fuera al radical David Mac-Iver. Más reveladora aún resulta la elección para el cargo de Senador, donde los únicos dos candidatos fueron los balmacedistas José Elías Balmaceda y Juan E. Mackenna, cada uno representando a una de las alianzas en pugna. En el gobierno municipal, en tanto, seis de los ocho elegidos pertenecían a una u otra fracción liberal democrática¹⁷². En otras palabras, la fuerza del partido era tal que incluso podía darse el lujo de presentarse dividido a las elecciones, con resultados igualmente satisfactorios. Si se comparan con el magro desempeño de los candidatos demócratas y otros obreros independientes (con la excepción arriba analizada de José 2º Leiva, en estas mismas elecciones municipales de 1897), no sería aventurado concluir que la prédica "social" había rendido buenos frutos. De hecho, el predominio electoral balmacedista en la zona no sería seriamente comprometido hasta fines del Período Parlamentario, cuando otro político premunido de un discurso y una propuesta de sensibilidad social, Arturo Alessandri Palma, derrotara a Arturo del Río para convertirse en "El León de Tarapacá".

Podría, desde luego, ponerse en duda la confiabilidad de una adhesión expresada solamente en votos, y cuyo origen tal vez radicase en prácticas poco vinculadas a la problemática propiamente social. A ese argumento, sin embargo, podría oponerse otro más difícil de demostrar en forma taxativa, pero que en el contexto en discusión resulta aun más sugerente. Al aproximarse las elecciones parlamentarias de 1897, una de las dos fracciones balmacedistas levantó la candidatura a diputado del empresario Juan E. Mackenna, de fuerte y antigua presencia regional (poseía minas de plata en Huantajaya y había residido largos años en Iquique) y muy prestigiado entre sus correligionarios a nivel nacional. Para contrarrestar su indudable atractivo, la fracción rival no encontró mejor recurso que oponerle la de José Elías Balmaceda, prácticamente desconocido en la región pero que portaba la no despreciable ventaja de ser hermano del "Presidente mártir". Indignados por la maniobra, los partidarios de Mac-

¹⁷¹ Ver Heise (II), 254.

¹⁷² Los resultados de la elección han sido tomados de *El Nacional*, 9 de marzo de 1897; la pugna interna del balmacedismo puede seguirse a través de los periódicos que publicó cada una de las fracciones, *El Liberal Democrático* (coalicionista), y *El Herald del Norte* (aliancista).

kenna iniciaron una campaña de denuncias que sindicaba a Balmaceda como el típico representante del más odiado latifundismo, "mayoral de los tiempos del feudalismo" y en cuyos dominios "se siente aún el látigo del amo, que cae sobre las espaldas del inquilino con más saña que la que gastaban en el Brasil los nobles con los esclavos". Pese a ello, reconocían, se lo presentaba "como candidato a senador por esta provincia, donde nadie sabe quién es, creyendo halagar los sentimientos partidaristas con un apellido que en Iquique resuena en los labios con respeto y cariño"¹⁷³. En efecto, al momento de contarse los votos, Balmaceda derrotó a Mackenna por 1.441 contra 830¹⁷⁴.

En otro estudio se ha analizado el curioso fenómeno del "balmacedismo popular", sentimiento de profunda presencia en Tarapacá que no parece sustentarse en ninguno de los dichos o hechos concretos del "Presidente mártir" mientras ejerció el poder. Apoya esa percepción la imagen de la represión militar de la huelga de 1890, o las masacres obreras implementadas por las autoridades balmacedistas una vez estallada la guerra civil¹⁷⁵. Sin embargo, ese mismo estudio consigna la existencia de algún sentimiento popular probalmacedista antes de la mencionada huelga, asociado tal vez al discurso "nacionalista" emitido ocasionalmente por ese mandatario frente a la penetración del capital extranjero en la principal industria nacional, tema, como se ha dicho, retomado explícitamente por el balmacedismo de la postguerra. Transcurridos apenas unos años desde el conflicto, el periodista francés André Bellessort comentaba la paradoja de que "todos los operarios chilenos de las oficinas hayan abandonado las faenas y tomado las armas contra un 'tirano' cuyo recuerdo hoy conmemoran"¹⁷⁶. Otro tanto hacía algún tiempo después, en una visita a la provincia, su colega chileno Belisario Gálvez:

Una cosa que nos llamó la atención, es el verdadero culto que tienen los trabajadores por el ex Presidente don José Manuel Balmaceda. Visitad cualquier campamento, penetrad en cualquier habitación de chilenos –y aun de peruanos y bolivianos– y lo primero que veréis es el retrato del infortunado Presidente, iluminado, de pie, con la banda terciada, tal como lo sacan las cromolitografías de las revistas santiaguinas. ¡Ironías crueles del destino! Allí en el foco donde se organizó la

¹⁷³ *El Liberal Democrático*, 3 y 7 de febrero de 1897.

¹⁷⁴ *El Nacional*, 9 de marzo de 1897.

¹⁷⁵ Julio Pinto Vallejos, "El balmacedismo como mito popular: los trabajadores de Tarapacá y la Guerra Civil de 1891", en Luis Ortega (ed.) *La Guerra Civil de 1891. Cien años hoy*, Santiago 1991. La ambigua relación entre Balmaceda y el mundo popular en otras partes de Chile han sido objeto de análisis por Micaela Navarrete Araya, *Balmaceda en la poesía popular, 1886-1896*, Santiago 1993, y Sergio Grez Toso, "Balmaceda y el movimiento popular", en Sergio Villalobos y otros, *La época de Balmaceda*, Santiago 1992.

¹⁷⁶ Bellessort, *op. cit.*, 107-108.

resistencia al finado Presidente; allí, en donde se improvisaron los bravos batallones constitucionales que derrocaron su gobierno y causaron de consiguiente su muerte; allí tiene Balmaceda un culto de afecciones, simpatías y respetos como no lo recibe nadie más, ni venerado santo, ni personaje ilustre.¹⁷⁷

El culto popular a la memoria de Balmaceda, expresado en relatos, canciones e imágenes, ha sido constatado una y otra vez por analistas contemporáneos y posteriores, pero sin que hasta la fecha se haya ofrecido para ello una explicación satisfactoria. Al asociarlo con la representación reiterativa de su persona como "primer demócrata americano", "mártir que rindió su vida por el pueblo" o "gran repúblico que abrigaba en su generoso corazón infinita ternura por el proletariado"¹⁷⁸, sin embargo, y cuando a ello iba aparejada una práctica prolongada de propaganda "obrerista" y apoyo a reivindicaciones populares, dicho fenómeno puede sugerir un origen análogo al de la altísima votación obtenida por el balmacedismo en los comicios. Dicho de otro modo, la popularización en el "imaginario colectivo" de un Presidente que en realidad no había dado a su gestión un cariz marcadamente popular puede representar más el resultado de una operación exitosa de "ingeniería política" que un recuerdo fidedigno de su desempeño en el poder. De ser así, no cabría duda que el balmacedismo de los 90 obtuvo mucho mejores dividendos en la seducción política del pueblo que las expresiones más "genuinamente" obreras como el Partido Democrático, el socialismo o el anarquismo. Pero aun sin admitir tal hipótesis, las solas cifras electorales bastarían para alcanzar la misma conclusión. Si hubo alguna politización visible del pueblo tarapaqueño hacia el fin de siglo, ella parece haber estado más asociada a los partidos pertenecientes al sistema que a los que portaban una propuesta estrictamente "obrerista".

4. ¿REVOLUCIÓN O POPULISMO?

En este estudio se ha intentado reconstituir los primeros indicios de politización popular en un territorio, el norte salitrero, que posteriormente se haría famoso por la militancia y masividad de sus partidos obreros. El concepto de "politización", por cierto, podría definirse en términos mucho más amplios que los aquí empleados. De hacerlo así, la acción pública contestataria de las

¹⁷⁷ Belisario Gálvez, "En la región del salitre", apéndice al compendio de Manuel Salas Lavaqui, *Trabajos y antecedentes presentados al Supremo Gobierno de Chile por la Comisión Consultiva del Norte*, Santiago 1908; 872-873.

¹⁷⁸ *El Jornal*, 10 de agosto de 1893; *El Liberal Democrático*, 22 de febrero de 1896; *El Herald del Norte*, 4 de enero de 1897.

primeras organizaciones reivindicativas, o la multiplicación de sociedades explícitamente identificadas como "obreras", revela el surgimiento de una identidad clasista que no sería errado calificar como política. En su acepción más amplia, en tanto exigencia de reconocimiento oficial a las demandas de justicia e integración a la comunidad nacional, la propia cuestión social fue sin duda un fenómeno político. También lo fue la adopción de un discurso "de clase", el asumirse como un componente esencial de la sociedad que no estaba recibiendo ni el trato ni las consideraciones que se merecía, y al que no se permitía participar en los beneficios de la "ilustración" y el "progreso" que las elites liberales proclamaban como su gran aporte a la historia de la humanidad¹⁷⁹. Así vistas las cosas, y al margen de lo que aquí se ha dicho, no cabe duda que una parte importante de la sociedad popular tarapaqueña de los años noventa ya transitaba decididamente por el camino de la politización.

Pero definida en términos más restringidos, como participación formal en agrupaciones políticas o adopción de un discurso programático, la politización popular que este estudio ha detectado se revela como un fenómeno todavía bastante incipiente, y sobre todo bastante menos "autónomo" de lo que se habría podido esperar. Es verdad que durante la última década del siglo XIX se advierten las primeras señales de la prédica socialista y anarquista que tanta fuerza iba a adquirir ya entrado el nuevo siglo, pero ellas son aún extremadamente tenues y en general se asocian a influencias externas –sociedades italianas, ejemplos extrarregionales a su vez inducidos por otros aún más lejanos, escritos publicados en órganos de origen "burgués"– que no lograron generar demasiada repercusión. Tampoco parece haber sido mucho más exitosa la experiencia del "legalista" Partido Democrático, que pese a ser Tarapacá una región tan aplastantemente obrera no pudo alcanzar resultados comparables a los obtenidos más al sur. Incluso la escasa prensa "genuinamente" obrera que aparece durante la década en estudio, básicamente el efímero *Obrero* fundado en 1896 para servir de vocero de la Liga de Sociedades Obreras, exhibe una notoria presencia de elementos de clase media y se aparta explícitamente de toda expresión política o partidista. En suma, tanto la opción revolucionaria que en algún momento pudieron representar el anarquismo y el socialismo, como la opción sistémica pero clasista que de algún modo constituía el Partido Democrático, eran para Tarapacá todavía una cuestión de futuro.

¹⁷⁹ Estos conceptos han sido trabajados más sistemáticamente por Eduardo Devés, particularmente en su artículo "La cultura obrera ilustrada chilena y algunas ideas en torno al sentido de nuestro quehacer historiográfico", en *Mapocho* N° 30, Santiago, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos 1991.

En cambio, y tal vez sorprendentemente, este estudio sugiere que sí hubo una politización popular más visible impulsada desde los partidos de elite, como el radical o el liberal democrático. Motivadas a la vez por la necesidad de captar un electorado más masivo y por la posibilidad de canalizar en beneficio propio las crecientes exigencias de la cuestión social, estas colectividades se revelaron diestras en levantar un discurso de sensibilidad popular que podía llegar a ser bastante enérgico, e incluso en asociarse directamente a acciones de reivindicación clasista. A juzgar por la respuesta, al menos en términos electorales, la estrategia dio mejores resultados que la propuesta "autonomista" de los demócratas o la casi imperceptible agitación revolucionaria. Para explicar este fenómeno, desde luego, pueden aventurarse muchas hipótesis, desde la práctica abierta o disimulada del cohecho hasta la amplia gama de influencias y favores que podía movilizar un político tradicional para favorecer a quienes le otorgaran su voto. Pero aunque hubiese sido sólo eso —y el arraigo del balmacedismo popular sugiere que también pudo haber algo más profundo— igualmente se abría una oportunidad para que algún segmento del mundo popular iniciara sus pasos en el ámbito de lo político. El camino así abierto seguiría ensanchándose en las décadas venideras a través del "feudo" balmacedista y la "mediocratización" del radicalismo para desembocar finalmente en el alessandrismo del año 20, cuyo acto introductorio, no está de más recordarlo, se desarrolló precisamente en Tarapacá. A nivel especulativo, podría conjeturarse que dicha experiencia facilitó, al familiarizar a los sectores populares con el discurso y la práctica partidista, la penetración de las ideas más rupturistas que eventualmente darían su sello a la región. Pero aunque así no fuese, ella sirve al menos para recordar que junto a la opción revolucionaria, desde muy temprano en la historia de la politización popular chilena se perfiló con gran fuerza otra, obviamente mucho menos preocupante para los defensores del orden establecido, que miraba en el sentido del "populismo" y la integración. El genio político de Arturo Alessandri radicó precisamente en fortalecerla y asumir su conducción, transformándola en uno de los pilares del acuerdo con el que finalmente se conjuró la crisis del centenario régimen liberal.